

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica

1930

Sábado 14 de Junio

Núm. 22

Año XI. No. 494

SUMARIO

Sarmiento esbozado por sí mismo.....
Testimonios.....
El canto de las Madres.....
Acercas de los «grandes costarricenses».....
Descartes, el gran francés.....
Del homenaje argentino a Mariátegui.....

Martíniano Leguizamón
Sarmiento y Leopoldo Lugones
Rómulo Tovar
Juan del Camino
Antonio Caso
Leopoldo Lugones, Luis Fran-
co, Arturo Capdevila, Alberto
Gerchunoff, Enrique Méndez
Calzada y Horacio Quiroga

Testimonios.....
El príncipe de los escritores franceses.....
Meregildo.....
Testimonio.....
El testamento de Sucre.....
Carta.....
Romance de Pativilca.....
El tesoro de la energía eléctrica.....
Comunicación del Servicio Nacional de Electricidad.....

J. C. Mariátegui
Andrés Bello
Lisandro Villalobos
Mario Santa Cruz
C. de Gangotena y Jijón
Mariana Carcelén
Carlos Pellicer
R. Coto

Hace treinta años del día en que llegó la fúnebre noticia. El gran anciano genial, el luchador formidable que no conoció el miedo ni el reposo, había muerto lejos de la patria en la tibieza primaveral de una tierra de sol, en aquel postrer viaje al Paraguay, de donde volvería su cadáver cubierto de flores y de veneración, que fué el comienzo de la apoteosis.

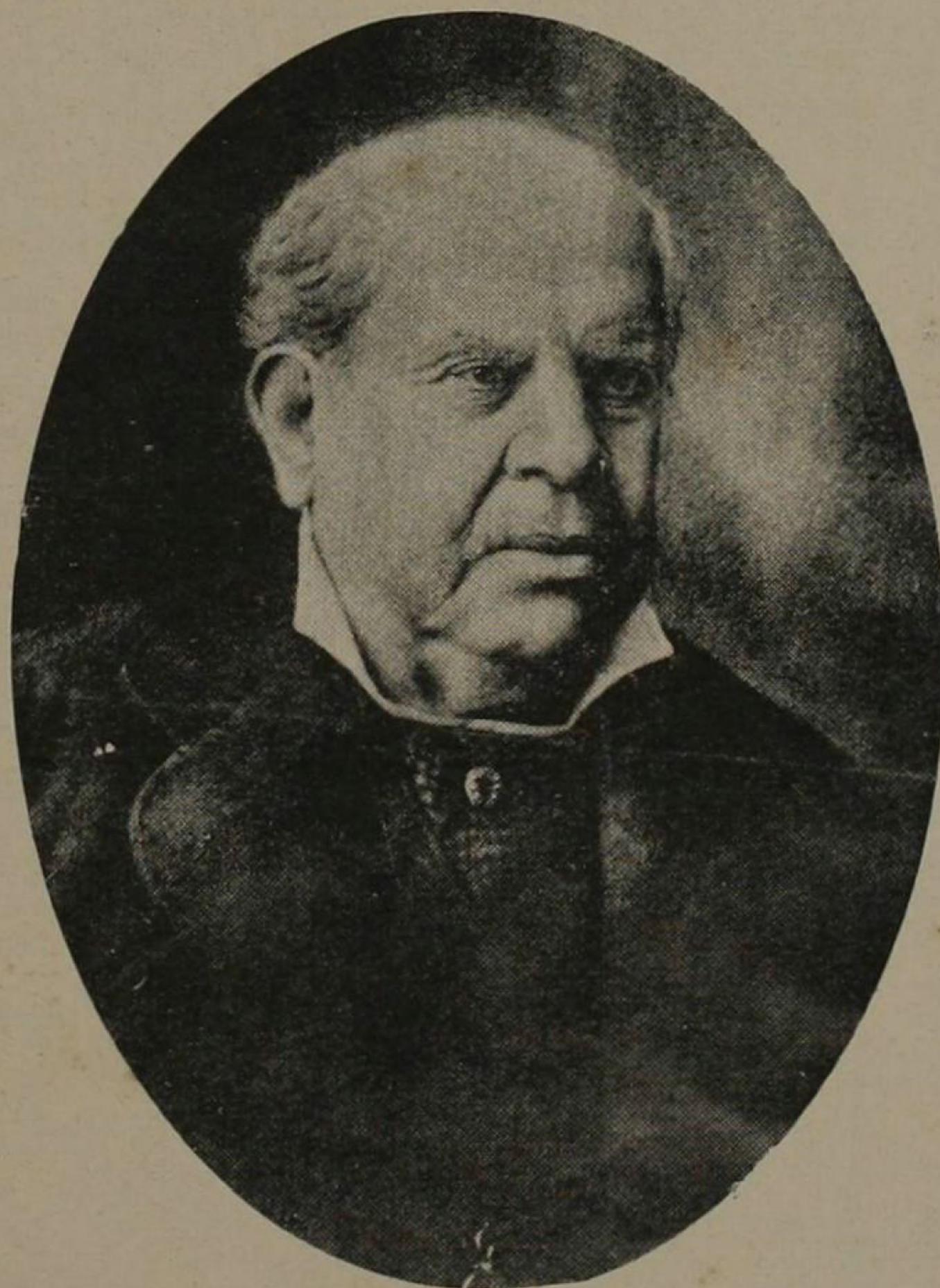
Sud-América, el primer diario vespertino de la época en Buenos Aires, confió al director literario Paul Groussac, que escribiera el elogio digno del ilustre muerto, y es sabido que resultó una página magistral. Mientras tanto, otro de los colaboradores anónimos de aquella simpática hoja, que animaban las plumas de Pellegrini, Lucio López y Miguel Cané, se encargó de la tarea modesta de ir espigando apresuradamente, en el brevísimo tiempo concedido para la publicación, y tomándolas al acaso de los pocos libros de Sarmiento que se tenían a la mano, algunas de las más bellas y viriles páginas en que había hablado de sí, con suprema sencillez o con aquella su arrogancia temeraria y despreocupada, que fué uno de sus rasgos característicos, acaso el más pintoresco y original, y a la que podría aplicársele las palabras de Plutarco pintando a un personaje romano: «En el elogio de sus propios actos no le detenía la circunstancia de ser suyos; los celebraba como si fueran ajenos».

Esas páginas fragmentarias e inconexas, por el apresuramiento de su recolección, que he ampliado en una reciente divagación por la selva de su obra multiforme, como quien va recogiendo al pasar las flores más vistosas de la senda, son las que vais a escuchar, porque se me antojan las palabras más originales y apropiadas para este homenaje al numen tutelar de la escuela argentina, puesto que será su propia voz la que va a relatarnos algunos pasajes de su azarosa vida de luchador que perfilaron los rasgos de su extraordinaria personalidad con el buril imperecedero de su propio estilo.

Hay en ellas todas las gamas de

Sarmiento esbozado por sí mismo

Conferencia dada en la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires, R. A., el sábado 14 de setiembre de 1918



Sarmiento

Por Carvalho

He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo, y sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.

Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el

(Pasa a la página 340)

la pasión humana; desde la ternura delicada al evocar las sombras santas de la madre y del hogar o del hijo muerto por la patria, hasta el rugido de cólera estupendo al acometer a zarpazos de león a la cuadrilla de bufones que pretendieron, en mala hora, mofarse de la fuerza vital del glorioso anciano que se traducía en producciones tan frescas como en los años juveniles, enviándole un presente infame cuando festejaba sus setenta y cinco años, confundiendo las facultades mentales que lo mantenían vigoroso y enhiesto, con una capacidad de burdel.

Helas aquí:

I.—Mi madre fué el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura; la confianza en la Providencia fué siempre solución a todas las dificultades de su vida. A los setenta y seis años de edad, atravesó la cordillera de los Andes para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría para dar una idea de la energía moral de su carácter.

En quince años de mi vida de adulto, sólo he pasado cuatro en la casa paterna; los restantes los he pasado en el destierro, en los campamentos, en la emigración, en los ejércitos. En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segárselas de un golpe; y he tenido la satisfacción de que Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme donde quiera que me encontrase.

No he tenido más vínculos que me ligen a la sociedad que los de hijo, hermano y amigo, y creo haber desempeñado mis obligaciones de un modo aceptable a Dios y a los hombres. Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientas, todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía, pero esta subversión se funda en razones jus-

tificables. Desde esa edad el cuidado de la subsistencia de todos mis deudos ha pesado sobre mis hombros, pesa aun, y nunca carga alguna ha sido más gustosamente llevada.

Cada familia es un poema, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que aun con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos.

Siendo alumno de la Escuela de Lectura, construyóse en uno de sus extremos un asiento elevado como un solio, al que se subía por gradas, y fui yo elevado a él con el nombre de *primer ciudadano*. Si el asiento se construyó para mí, dígalos don Ignacio Rodríguez, que aun está vivo; sucediéndome en aquel honor un joven Domingo Morón, y cayó después en desuso. Esta circunstancia, la publicidad adquirida desde entonces, los elogios de que fui siempre objeto y testigo, y una serie de actos posteriores, han debido contribuir a dar a mis manifestaciones cierto carácter de fatuidad de que me han hecho apercibirme más tarde. Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra. Hiciéronme sombra, sin embargo, de tiempo en tiempo, niños altamente dotados de brillante inteligencia y mayor contracción al estudio que yo. Entre ellos Aberastain, José Alvarez, un Leites, de capacidad asombrosa, y otros cuyos nombres olvido.

Con respecto a lo que he creído ser mis deberes para con la patria, mis pretensiones son muy exageradas. He creído siempre que en mí el patriotismo era una verdadera pasión, con todo el desenfreno y el extravío de las otras pasiones.

Al día siguiente del asesinato de Varela, leíase en el lema del *Comercio del Plata*: su fundador y redactor D. Florencio Varela, fué asesinado traidoramente el 20 de marzo de 1848. Lo dirige hoy D. Valentín Alsina, su redactor principal.

¡Salud, Alsina! ¡La república que tales hijos tiene no está aún perdida!

Siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante; y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudio y de sufrimientos. ¡Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables.

Debe ser disposición de la Providencia. Nunca he tenido ocasión de echar sobre mis hombros la responsabilidad de ningún acto personal, de los muchos que son frecuentes, necesarios y justificados durante las revoluciones. No tengo que reprocharme un solo acto de venganza, ni una sola acción que pueda mancillarme.

Yo soy un hombre público de la otra banda del Río—dijo en el Internado normal de señoritas de Montevideo el año 1883, haciendo un jocosos autorretrato. Un hombre público es un actor, que figura, con más o menos acierto en la historia contemporánea. A veces emprendo

rehacer la pasada, explicándola a su modo, con lo cual la enmienda es peor que el soneto. El hombre público desempeña varios papeles, y a mí en tan largo drama, me han tocado los más difíciles. Pero, sencillo o complicado el drama, el hombre público—hablo por experiencia propia—es recibido por la rechifla del respetable público, injuriado por sus concollegas, escarnecido por los ancianos si saben teología, cuando de derechos políticos se trata. Nada diré de la juventud estudiantina esperanza de la patria. El hombre público es Rigoletto cuando está solo, y si es viejo cuenta los días, los meses y los años de este suplicio eterno, de todas las horas, esperando de dónde se levantará un nuevo clamor, una nueva grito contra el hombre público, que no supo tener la lengua, que llamó las cosas por su nombre, que hirió tal o cual susceptibilidad estúpida.

Principié yo mi carrera en tiempos que vosotros llamaréis de Mari Castaña; y en países y tierras muy lejanas, por fundar una Escuela Normal, un Internado de Señoritas como éste, escribí un libro que han traducido a otras lenguas; e hice restablecer a San Martín en el escalafón del ejército de Chile, de que había sido borrado. Permitidme que me apropie estos tres actos, contando con que no volveré a hacerlo más. Para principiar el hombre público, ya veis que no estaba tan malo. Otros envidian con caballos y sotas y les sale mucho mejor.

He aquí un recuerdo indeleble de la primera vez que sentí su voz, alzándose en el hondo silencio, junto a la tumba de Juan Carlos Gómez...

Hemos militado ambos—dijo—bajo la misma bandera, cuarenta años, del uno y del otro lado de los Andes. En Chile sostuvimos la política que construye, organiza y educa, sin levantar tiranuelos, sin abrir las puertas a la innata anarquía. Cuarenta años después he vuelto a Chile y recibido de aquellos mismos a quienes combatimos, el abrazo de bienvenida con recuerdos para Gómez. En Buenos Aires, caído Rosas, blandíamos *El Nacional* y los *Debates* para mantener la victoria de Caseros en sus justos límites, la nacionalidad de un lado, la libertad constitucional del otro, y triunfamos. ¿Sabéis cuándo, y en qué defensa fué derrotado Gómez, que tomaba, como él lo dijo, mi pluma en *El Nacional*? Preludiaba ya la época cartaginesa, el desborde de la riqueza misma cuyas fuentes por tanto tiempo cegadas, habíamos excavado y hecho brotar a la superficie, y la invasión fué tan violenta, tan irresistible que hubo de quitarse de por delante temeroso de ser arrastrado por sus ondas; pero ¡ay! el torrente se abrió nuevos y más hondos canales, y aquella tierra en que había crecido y arraigádose el espíritu de Gómez, fué poco a poco quedando en seco, y el árbol del que manaba como un perfume el pundonor caballeresco, la lealtad a los principios fundamentales, fué decayendo, perdiendo la lozanía y verdor hasta que dejó el 25 de mayo de circular la vivificante savia... Otros le seguirán en ese lento descenso a la oscuridad y a la tumba; pero más felices que Belgrano, cuya muerte ignoraron los diarios del día, al extinguirse uno de esos que fueron los grandes lumineros en las épocas tenebrosas, por los menos al dar su último destello los presentes se aperciben de que se apagó.

En cuanto a la quimera que se atribuye a

Gómez, de querer restablecer la antigua, natural y necesaria unión de ambas márgenes del Plata, tendida la vista alrededor de este modesto sepulcro, y preguntadle a cada prócer, a cada diarista, a cada académico de qué lado del Río han nacido, y en este momento, alrededor de la tumba de Gómez os confesaré que la quimera, si la aleja la política y la historia, la llama y acaricia el corazón de los patriotas de ambos lados del Río. Id en paz, amigo, con vuestra noble y santa quimera. Aquí quedamos nosotros con la nuestra.

II.—Serían interminables las citas, si fuéramos a recoger cada una de las palabras rutilantes que cayeron de su pluma, entre los entusiasmos de la batalla intelectual del brioso paladín, apresuradamente, sin tiempo para corregir las páginas de trazos viriles que pasaban de sus manos a la imprenta, y en las que, a veces las palabras no terminan, atropelladas por las que venían detrás, pugnando por salir del cerebro maravilloso. Es una caligrafía curiosa la de esas páginas, con abreviaturas de su invención y tachas que cruzan la cuartilla como un tajo tirado de revés rasgando el papel, y sobre las que se diría que flota aun la sonrisa mordaz del grueso labio desdeñoso.

E ben tirada está! murmuraría más de una vez festejando entre dientes la salida inesperada o el argumento contundente como un golpe de maza, con que había desconcertado al rival.

Para no abusar de esta tribuna, voy a elegir dos momentos de su vida que pintan con rasgo destacado el carácter indómito del luchador y el alto concepto que tenía de su personalidad, al no enmudecer ante los más bajos e infamantes ataques, esgrimiendo por el contrario aquella temida pluma de polemista que en sus manos fué antorcha o acero tajante, y que evoca el recuerdo del verso magnífico de soberbia del poeta mejicano Salvador Díaz Mirón:

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos,
hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan. Mi plumaje es de esos!

Un día apareció, en efecto, en un diario de la oposición un suelto insidioso y canallesco. Referíase que, con las primeras luces del amanecer, se había visto llegar al Presidente Sarmiento en carruaje a su casa, con el rostro lívido y desencajado como si volviera de una orgía.

Sabéis de dónde venía el Presidente?—contestó en una cuartilla lapidaria—; a fin de ocultar su dolor en las sombras, había elegido esa hora temprana para ir a llorar sobre la tumba que guarda los despojos del capitán Domingo Fidel Sarmiento, caído gloriosamente en el campo ensangrentado de Curupatí; allá, donde no sintieron silbar una bala los cagatintas despreciables que se atreven a manosear mi dolor!

Y por cierto que a este doloroso episodio siguió una anécdota sabrosa que quiero referir, porque pinta aquella su manía de ser maestro siempre, no desperdiciando ninguna oportunidad para enseñar las cosas que sabía o adivinaba, y que le valieron el mote de «dómine

palmeta» explotado por el lápiz de Stein, el caricaturista del *Mosquito*, con cuyas toscas láminas empapeló más tarde el escritorio de su casita en la isla de Carapachay para reír a sus anchas.

Antes de pasar el suelto a la imprenta, el secretario de redacción, con remilgos de purista se atrevió a substituir la palabra «cagatintas», por tinterillos. ¡Más le valiera no haberlo hecho! pues al corregir la prueba, notando Sarmiento el cambio protestó a grandes voces.

—¿Quién ha cambiado esta palabra?

—Yo, señor; creía que era más culta—balbuceó el secretario avergonzado.

—El tinterillo es usted, abogadillo de poco saber y respeto. Los cagatintas son ellos, escritoruelos de tres al cuarto que viven metidos en su covacha olfateando porquerías,—le replicó acentuando las palabras con las que, maestro siempre, acababa de dar instantáneamente el significado recto y castizo de ambos vocablos, como si estuviera hojeando el diccionario.

Pero la indignación que había desbordado del alma lacerada, se apacigua y se expande serena en el noble dolor del padre, que llora la muerte temprana del hijo único, brotado como una graciosa flor del tronco rugoso de la vieja encina, en que se sentía orgulloso revivir.

Tenia—escribe en la *Vida de Domínguito*—el robusto niño derecho a la vida por más largo tiempo, y sus ilusiones de un porvenir brillante, su noble ambición de legítima y merecida gloria que buscaba, le hacían soñar en la prolongación de la existencia por la gratitud y veneración de sus semejantes... Una columna corintia tronchada a media caña señala el busto en mármol; y siguiendo la inspiración clásica conságrale dos vasos bronceados. Uno de ellos es el vaso que se llama de los Borghese y que representa una fiesta presidida por Baco, acompañado de Sileno y el cortejo de las alegres bacantes. Este vaso es cinerario o votivo en honor de un héroe, a cuyos manes vienen a hacer menos pesada la losa que los cubre el bullicio de la tierra, las alegrías de la vida, la danza juvenil y la embriaguez que hace olvidar las penas... Tantos otros con méritos ya reconocidos murieron por la patria, que no he de abstenerme de decir que yo lo empujaba por ese camino que conduce a la gloria, por sobre la muerte que detiene a los demás! No pudo dar el salto por ser demasiado joven, y cayó... simple mortal como los demás, aunque era de la piedra en que se tallan los héroes.

Festejaba sus setenta y cinco años con el espíritu libre y ágil de su naturaleza admirable. Estaba feliz y risueño. Había entregado el día antes a la imprenta una *Vida y escritos del coronel Muñiz*, «que se deja contar sin esfuerzo, tal es la blandura y la suavidad de la pasta de aquel bello tipo argentino», y recibía complacido las saluciones afectuosas y los presentes de sus amigos o admiradores. La casa estaba de fiesta, cuando entre los objetos llegó una cajita con amarraduras de cintas, que el inquieto viejo se apresuró abrir picado de curiosidad.

Pero oigámosle cómo refiere el suceso con su prosa colorida y saturada de feroz ironía, cuyas palabras abruptas y crudas resuenan como golpes asestados

Ediciones del *Convivio* y del *Rep. Am.* a \$ 0.50 cada título. Para el exterior: \$ 0.15 oro am.

Almafuerte: *El Misionero*.
Aramburo y Machado, Mariano: *Discursos*.
Bernal, Emilia: *Como los pájaros!*
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*.
Bonneton, J. de: *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón*.
Brenes Mesén, Roberto: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*.
Chacón y Calvo, J. M.: *Ensayos sentimentales*.
Diez-Canedo, Enrique: *Sala de Retratos*.
Escobar, José Ignacio: *Escritos*.
Gerald, Paul: *Tú y Yo*.
Gibran, Kahlil: *El loco*.
Gamboa, Isaías: *Flores de Otoño*.
Guido y Spano, Carlos: *Poesías*.
Herodoto: *Narraciones*.
Hispano, Cornelio: *Cesarismo teocrático*.
Hispano, Cornelio: *Bolívar*.
Ivanovitch, Dmitri: *La ventana y otros poemas*.
Jiménez Max: *Unos fantoches*.
Leopardi, Giacomo: *Parini*.
López de Mesa, Luis: *Orientación ideológica*.
López de Mesa, Luis: *Iola*.
Lugones, Leopoldo: *Elogio de Leonardo*.
Magallanes Moure, M.: *Florilegio*.
Martí, José: *Versos*.
Masferrer, Alberto: *La religión universal*.
Masferrer, Alberto: *Una vida en el cine*.
Masferrer, Alberto: *Ensayo sobre el Destino*.
Moreno Villa, José: *Florilegio*.
Olivares, José: *Poesías*.
Onís, Federico de: *Disciplina y rebeldía*.
d'Ors, Eugenio: *De la amistad y del diálogo*.
Pacheco, Napoleón: *Personalidad literaria de Ventura García Calderón*.
Pérez, Enrique: *Artículos y Discursos*.
Renán, Ernesto: *Páginas escogidas*. (Dos cuadernos).
Renán Ernesto: *Emma Kosili*.
Roig de Leuchsenring, Emilio: *El caballero que ha perdido su señora*.
Santillana, Marqués de: *Serranillas y Cantares*.
Savitrí: *Un episodio del Mahabárata*.
Sotela, Rogelio: *Apología del Dolor*.
Tagore, Rabindranath: *El Jardinerio de Amor*.
Torres Riosco, Arturo: *Poetas norteamericanos*. I.—Walt Whitman.
Torres Riosco, Arturo: *En el encantamiento*.
Torri, Julio: *Ensayos y Fantasías*.
Tovar, Rómulo: *De Atenas y de la Filosofía*.
Ureta, Alberto J.: *Florilegio*.
Valdés Roig, Ciana: *La fuente sonora*.
Valle, Raf. Heliodoro: *El rosal del ermitaño*.
Varona, E. J.: *Emerson*.
Varona, R. J.: *Lecturas*.
Vasconcelos, José: *Artículos*.
Vaz Ferreira, Carlos: *Reacciones*.
Velázquez, Samuel: *Madre*.

Otras ediciones a \$ 2 (0.75 oro am.) el ejemplar

Rafael Cardona: *El sentido trágico del Quijote*. (Acotaciones y quijoteos).
Omar Dengo: *Meditaciones*.
R. Brenes Mesén: *Los dioses vuelven* (Poesías).
Jorge Zalamea: *El regreso de Eva*. Ensayo de una farsa dramática.
A. Guerra Trigueros: *El surtidor de estrellas*. (Poesías).
Rafael Estrada: *Canciones y ensayos*. (Poesías).
R. Brenes Mesén: *Metafísica de la materia*.
J. Pijoán: *Mi Don Francisco Giner* (1896-1910).
Clara Diana: *Atardeceres*.

Giro bancario sobre Nueva York.
Dirijase al Adm. del *Rep. Am.* —Correos:
Letra X. San José de Costa Rica.

en el pecho del adversario. El escritor púgil está todo entero allí, magnífico de cólera desafiante contra la cuadrilla de bufones del Presidente.

Muchas cintas—dice—muchos envoltorios y una tarjeta impresa de...⁽¹⁾, felicitando al anciano por su cumpleaños y su vigor de salud; está acompañada de un *phallus* labrado en madera de escrescencia de árbol, no como esas raíces que sirven de puños de bastón sino labrado a mano, con cierto arte bestial, con *amore de dilettanti*, para dirigirlo al anciano, porque toda la gracia y *l'esprit* de la farsa aquella es a la edad senil, a la existencia que se prolonga.

(1) Suprimo el nombre de una persona conocida. El lector curioso puede buscarlo en el artículo de Sarmiento que publicó en *El Censor*, de la época, y que reprodujo más tarde *Sud-América* el 25 de octubre de 1891.

El secreto de estas inauditas, vergonzosas, humillantes profanaciones de las cosas santas, como la confianza en el correo, como las felicitaciones de año nuevo, son sin embargo, un rasgo político y una nueva faz que comienza. Es una sociedad en comandita la que dirige estas bromas, graciosísimas por supuesto, diciéndose entre ellos: «¿Que hará con el presente? Claro está que es tan obsceno que se guardará muy bien de decirlo a nadie, porque se cubriría de ridículo.

Cálculo muy errado. Les contaré al triunvirato una broma del mismo género.

Siendo joven de 20 años, en una aldea de Chile, hacíamos entre muchos la noche-buena; y prolongándose demasiado la fiesta, nos subimos varios a la torre de la iglesia buscando la aurora en el horizonte que cierra los Andes. Descendíamos la escalera siguiendo como guía el pasamanos, cuando sentimos algo que no era madera ni ámbar que nos tocaba. Cada uno llevó su parte, pero no era fácil descubrir al autor del feo chasco. Propúseme averiguarlo, y a cada uno que encontraba le decía: ¡Pero hombre, quién habrá sido el autor de tan gracioso broma! ¡Pero ha visto qué chasco tan gracioso! ¡A mí no me ha tocado porque venía el último; pero eso no quita que sea muy gracioso!

Uno mordió el anzuelo, e inclinándose me dijo al oído: Yo fui, pero no digas nada. ¡Qué he de decir!, le contesté, pasándole la mano recargada desde lo alto de las cejas hasta la barba, y como apretando con efusión se encuentra el labio, allí quedó la preciosa carga, diciéndole: Anda a lavarte, cochino, y cuenta con mi silencio, los pasamanos de las escaleras son sagrados y no deben profanarse! Yo era el maestro de escuela de la villa, y debía dar lecciones de crianza a los palurdos.

La moraleja de la oportuna y sabrosa anécdota fluye fácilmente. El anciano glorioso denunciando indignado la broma bestial, como el maestro niño de la aldea chilena continuaba dando lecciones de crianza a los palurdos guarangos; y como entonces pudo decirles: ¡los pasamanos de las escaleras y las canas venerables, son cosas sagradas que no deben profanarse!

Pero no fué siempre áspero y combativo; su labio abultado con un pliegue desdeñoso sabía reír con risa franca y estrepitosa para festejar una respuesta ingeniosa, y como noble esgrimista de la palabra no ocultaba la estocada al sentirse tocado. Una anécdota preciosa que oí contar en la tierra de mi cuna, lo confirma.

Era el coronel Miguel Guarumba uno de esos militares oscuros surgidos de las filas, que conquistaron los galones con proezas famosas, y cuyos pechos ostentaban como la ejecutoria de su valor las anchas heridas de los combates temerarios. Descendiente de los indios tagüeses de la ribera del Mandisobí, cuánto no habría peleado con lujo de bravura hasta lucir en los hombros robustos sus entorchados de coronel de la nación!

Cuando la primera exposición industrial celebrada en Concordia—que fué inaugurada por Sarmiento—el coronel Guarumba ocupó en el banquete oficial la cabecera opuesta del sitio de honor del ilustre huésped. La coincidencia no

podía pasar inadvertida a la mirada astuta del viejo luchador; y al brindar celebrando el éxito de aquel primer certamen del trabajo, en la tierra de los gauchos montoneros que deponían la lanza y el sable de sus entreveros legendarios, para empuñar la mancera del arado que hace fecunda la pampa inculta, añadió bromeando con aquella su manera de decir jactanciosa, tan suya y tan pintoresca:

—Sí, pues, palpamos en este momento los frutos de mis prédicas contra la ignorancia, la rutina y la pereza de mis paisanos. Estamos aquí frente a frente los representantes de las dos tendencias antagónicas que presenté en *Civilización y Barberie*. Ya lo veis: hasta Guaramba, el valiente *tape tagué*, ha trocado la vincha roja, el chiripá y las nazarenas de plata, por el traje civil del hombre civilizado. Me aseguran que ya sabe leer, y lo más chistoso del caso es que el aprendizaje lo habrá hecho en mi *Silabario*, por supuesto, sin conocer a su autor.

Los asistentes se miraron con asombro, y más de uno volvió el rostro al aludido aguardando la respuesta, porque sabían que no era hombre de aguantar pulgas. Pero no se inmutó, y con acento calmado dijo sencillamente:

—Ya lo conocía mucho.

—Por el retrato de mi *Facundo*, sin duda—interrogó picado de curiosidad.

—No, señor; por las figuritas de *Mosquito*—contestó el astuto paisano atorado de risa.

—¡Muy buena la agachada! ¡Pero muy buena!—exclamó el gran viejo riendo a carcajadas, y alzó después la copa para brindar por el intrépido gaucho, a quien había visto entre los fogonazos de Caseros, cargando a lanza contra los cañones de la tiranía.

Así, por un concepto de la vida dignamente vivida, llegó a la senectud henchido de gloria, admirado y respetado hasta por los adversarios que había atacado, que se inclinaban respetuosos al verlo pasar sereno y ensimismado quizás en la grandeza del destino cumplido. Y así pudo decir de sí, porque se sentía digno del merecimiento, con audacia natural y magnífica, lo que en boca de otros sería intolerable jactancia:

El día en que me echen mi última retreta, podrán decir en justicia: Acompañad ese cadáver, no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre.

Estas palabras que muchos tildarían de petulantes y de locuras de Sarmiento, no eran, sin embargo, más que la confirmación de un pensamiento de Montaigne, que estampó como lema audaz al frente de la primera edición de *Recuerdos de Provincia*, el libro admirable por su espontánea y divina sencillez: «Decir de sí menos de lo que hay, es necesidad y no modestia; tenerse en menos de lo que uno vale es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles.»

Otro lema de la primitiva edición de los *Recuerdos* parece definir su pensamiento en la batalla intelectual que se aprestaba a librar, porque se acomodaba a la

actitud que caracterizó toda su producción posterior; son las palabras que Shakespeare pone en boca de Hamlet: «Este es un cuento que, con aspavientos y gritos refiere un loco, y que no significa nada.»

Y Sarmiento ni jamás fué modesto, ni pecó de pusilánime para expresar sus ideas, sus cosas deloco—¡divina locura!—que dijo siempre con voces altas sin cuidarse del comentario que despertarían, ni de los razonamientos que iba dejando a su paso temerario, con luminosa visión de inspirado, sordo e invulnerable a la crítica.

Tal era aquel hombre extraordinario que tuvo la fortuna de alcanzar en sus últimos días, cuando paseaba por las calles de esta ciudad—que le contó entre sus próceres más eminentes—su serena

vejez, recio y corpulento, cargado de hombros, las manos en reposo cruzadas a la espalda, la máscara limpia de barba sobre la que lucían los ojos astutos de penetrante mirar, y el grueso labio distendido por un gesto imponente de dominador.

Tal me parece aún, treinta años de desaparecida la imagen, al esbozar este perfil para vosotros que no le alcanzasteis, y que sólo conoceréis la esencia del espíritu potente del escritor literario del *Facundo*, de *Recuerdos* y los *Viajes*, o la del polemista, del tribuno y del educador, si vais a buscarla con honda emoción patricia, a través de las páginas de los 52 volúmenes impresos de su obra enciclopédica, inmensa, enmarañada y de frondas perennes como una vieja selva...

Martiniano Leguizamón

(Helios. Buenos Aires. 1918).

He labrado...

(Viene de la primera página)

territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé solo a hurtadillas.

Sarmiento

...Vivió acarreado menesteres de civilizar, en el olvido mas absoluto de su conveniencia propia, que es decir desnudo y valeroso como la hormiga. Así, metiéndose por la ciencia como un hacheador; arrancando al arte, sin detenerse, una pluma de volar; pidiendo a la misma criptografía burlesca sus epigramas y dilogías para excitar con aquel benéfico sarpullido la superficialidad necia o inerte; trabajando para el éxito del comercio y de la industria, con el provecho doble de la alcotana, que es hacha

por un lado y azuela por el otro; removiendo la política con su palo temible: sembrando a boleó como un sublime, y a veces desalentado labrador, sus escuelas, sus bibliotecas, sus observatorios, sus facultades universitarias, sus artículos que son flor y fruto a la vez como los higos de la higuera inolvidable, llega a tener la irradiación circular de la lámpara que limita por todos lados con la sombra. De ahí su familiaridad con el inmenso desconocido que es la inagotable mina del saber humano. Está en todo, pues lo que no sabe, lo adivina. Su actividad excita al pueblo, indúcelo a andar más de prisa, aunque sea burla burlando, como los niños a la par del coche que pasa. Y cuando se ha reasumido en lo infinito, cuando ya no es más que azul de inmensidad su grande alma, sobre la tierra florecida y fructificada por su vasta fatiga, siguen cruzando aún nubes ubérrimas preñadas de lluvia y de aurora, sus ideas, sus doctrinas, sus páginas que exaltan nuestros espíritus, como al proyectarse sobre el área campal, la sombra del cóndor hace levantar las frentes.

...Y por último, mejor entre todas, al representar en el más alto concepto humano la estética de la energía, esa vida de escritor que se extingue numeroso de días útiles, como el viejo Laertes en su finca griega, sintiendo venir la patria grande y gloriosa, creada por su esfuerzo, con la poética fe que inspira al contento agrario la preñez del racimo. Vida toda espíritu, que fué volcán para labrarse cumbre, y luego amansada, comunicar su fuego al mosto valeroso, su vigor al cereal, su indole a la populosa arboleda. Vida ejemplar que demuestra cómo la superioridad del espíritu es realmente el máximo valor humano, y enseña a la «generación de sibaritas y especieros enriquecidos», según tal apóstrofe suyo que dijérase evangélico, cómo la hoja de papel animada por la palabra, puede transformarse en hoja de acero, laborioso y vengador, para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones.

Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos la palabra hermosa. Grecia ha muerto. Homero vive.

Leopoldo Lugones

(Historia de Sarmiento)

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

INDICE

Legenda aut adquirenda



Gracián: <i>El Oráculo Manual, El Héroe y El Discreto</i>	7-00
H. Siebeck: <i>Aristóteles</i>	3-75
Conde de Romanones: <i>Sagasta</i>	3-75
N. Ognew: <i>Costia Riabtshev en la Universidad</i>	3-75
J. Plejanov: <i>Anarquismo y Socialismo</i>	3-00
N. K. Krupskaja: <i>Lenin (Recuerdos)</i>	3-75
Plotino: <i>Las Enneadas. 4 vols.</i>	18-00
José Germain y Mercedes Rodríguez: <i>Pruebas de inteligencia</i>	7-50

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

El canto de las Madres

Ella dió a luz seis hijos, jefes de pueblos y amantes de las virtudes

He oído un grito
en los ámbitos inmensos de la vida.
He creído que un rayo
rasgaba la seda gris del infinito.
He pensado, mientras el eco
de la voz misteriosa
agitaba tormentosamente
mi sensibilidad,
que el viento
sacudía con tempestuoso movimiento
el seno sonoro del mar
o de la fronda, su lírica frente.
He oído un grito:
la noche tiembla de gozo inefable
bajo el encanto de esa voz;
el aire adquiere extraña iluminación
y la tierra parece germinar de ensueños.

¿De quién es ese acento,
más suspiro que lamento?
¿De quién es ese canto
cristalizado en un grito?
¿De quién es esa evocación,
voz de alegría, no de llanto?
Y los ámbitos, recogiendo
mi anhelo y mi curiosidad,
responden:

—De un Hombre.

Pero hay una blanda armonía
en el ambiente,
ligera como es ligera la brisa;
inconsútil como la esencia
que se diluye en las cámaras.
Una madre contesta
a mi insistente interrogación:
—es la voz de un niño.

Tú, que cifras la vida fecunda;
Tú, que eres el supremo símbolo
de las generaciones;
Tú, que posees la fuerza de crear
como un signo providencial;
Tú, que encierras en tu sentido
la alegría armoniosa de los nidos;
el instinto de los múltiples gérmenes,
el poder de los maternos antros
del Universo;
Tú, madre de hombres,
interpretas la voz de tu hijo.
Sí, es un niño que lanza
su primer grito de victoria.
A falta de la sabiduría
para dominar el luminoso espacio
como el pájaro,
su alma primigenia
se eleva hacia lo alto
en un canto.
Desde el bondadoso regazo de la madre,
como un nido de águilas,
el niño anuncia al Destino
su existencia:
la Tierra sabe ya la presencia
de un nuevo hijo de la inquietud
o de la suerte.
La pupila absorta
ha recogido la diafanidad del día;
la frente desafía
como toda altura,
y en su semblante, sin sombras,
ha florecido un jardín de sonrisas.

Madre: Tu seno
ha sido herido por la pasión de dar;
tus brazos se han arqueado
como dos alas
para recibir una flor;

tu mirada es una llama
que envuelve al hijo
como en un manto,
para darle poder y calor,
como la fragua da temple argentino
al metal.
Tu caricia
puebla de musicales ansias
la ingenuidad infantil.
Tú quisieras levantar
triumfalmente al hijo
para provocar la cumbre,
para adornar el cielo,
para fecundar su alma
de los primitivos alientos
de subir.
Tu placer no es placer sino orgullo.
Tu alegría,
lleva en sí los signos sacros
de una conquista:
la estrella da luz,
la corola ofrenda sus perfumes;
el agua regala su frescura
evangélicamente;
la tierra rompe su propia fibra
para dar la espiga o el fruto;
tú, madre augusta,
en tu hijo, dignificas a la luz
y a la Vida.
Tú dolor de un instante,
tu martirio y tu queja,
tienen una realidad:
se llaman Hombre.
Madre: en tus halagos,
en tus arrullos,
en tus ansiedades,
en tus afanes,
en tus celos,
en tus virtudes,
en tus exigencias,
no hay más que una finalidad:
la de que tu hijo viva,
la de que sea grande
como la columna o la torre:
la columna es eternidad,
la torre puede ser fanal.
Tú quieres que tu hijo constituya
el permanente ideal de tu espíritu.
Tú quieres que su corazón irradie
para que tu dulce amor florezca.

Dar un hijo y verlo hombre:
Dios te colmó
del don divino de vivificar.
Tú creas; tu preservas,
tú alientas.
Para hacer fuerte al hombre,
tú lo sustentas.
con tu propia sustancia;
tú sustancia es carne,
claridad o pasión.
Para hacerlo digno
de los eternos lauros,
tú lo iluminas,

París, 30.—Después de haber visitado los cementerios en donde están sepultados sus hijos muertos en la guerra mundial, el primer grupo de madres saxoamericanas, compuesto por ciento treinta y una, salió hoy para Cherburgo, en donde embarcará en el vapor Presidente Harding para N. York.

y para ponerlo
por encima de la muerte,
tú lo proteges
con las alas de tu gratitud.
Tú lo llamas Hijo mío;
Tú arrebatas a los Hados
este soberano derecho de posesión;
tú lo colocas sobre tu frente
como una corona;
tú lo cubres de besos
como en una lluvia de rosas;
tú lo estrechas contra tu seno
para concentrarlo en ti,
y cuando se duerme
se dijera que lo envuelves
como una madeja de luz
en la seda de un sueño.

Oh! materna fuerza.
Oh! magníficos destinos
de vigilar las vidas
como en una religión antigua;
de hacerlas ínclitas o puras;
de evocar un vuelo de ambiciones
en el hijo;
de participar heroicamente
en sus glorias o en sus martirios.
Madres: Por la excelsa misión,
por la obra piadosa,
por vuestra ternura
y por vuestra fidelidad,
por vuestro amor, sin par,
Dios os hizo fuertes como la tormenta
y delicadas como la flor.
Él hizo que germinara
en tu interior, la plegaria:
vuestro ruego es reclamo:
si queréis para vuestros hijos
inmortales gajos o la paz,
Dios os debe de oír.
Vosotras, de rodillas,
sois más altas que las montañas.
Vuestras palabras alumbran como el alba
cuando estalla como una rosa
en las manos del Sol.

Madres grandes, madres heroicas,
madres sufridas:
El mundo os debe una galantería
que puede ser respeto o admiración.
Ante el sacrificio de vuestros hijos,
sois ejemplares
por serenas y estoicas;
ante sus pasajeras o insignes alegrías,
ofrecéis, como un homenaje,
una sonrisa,
que es como una constelación.
Vosotras presidís, madres austeras,
las humanas orientaciones.
No lleváis sus destinos
hacia los sordos abismos de la vida;
les enseñáis la sabiduría de ser;
de crecer y de exaltarse;
en el azul del paisaje
despertáis siempre una ilusión atractiva.
Siendo hombres, vosotras,
los invitáis a ser dioses:
nunca verlos caídos,
nunca verlos postrados,
nunca verlos vencidos.
Vuestro amor materno
no es sólo potencia
sino iniciación.
Y si la noche de los infortunios
los envuelve en su penumbra,
derramar vuestras lágrimas

como un tesoro de diamantes
para disipar sus sombras.
Y si al fin, la muerte,
esta sombra de sombras,
golpea con su ala nefasta y hostil,
al hijo indiferente o tranquilo,
vosotras conmovéis el infinito
con una imprecación:
es angustia solemne:
vuestro dolor no se deprime
en un vano gesto de rebeldía.
Vosotras protestáis ante el cielo;
ante su frialdad,
ante su indiferencia:
—«¿Cómo, nuestros hijos,
no iban a ser eternos?»

Vosotras no concebís que vuestros hijos mueran.
Si de vuestra sangre
o de la propia energía
o de la transparencia del alma,
vosotras los ofrecisteis,
como un galardón a la vida,
¿qué derechos tiene la muerte,
sobre sus majestuosas frentes?

Madres inmensas,
si Dios no os hubiera investido
con el encargo de dar Hombres
para poblar de triunfos
o de tragedias la Tierra,
Él os hubiera impuesto la misión
de engendrar dioses o estrellas.

Rómulo Tovar

San José, Costa Rica.
Mayo de 1930.

Estampas

Acerca de los "grandes costarricenses"

(Envío del autor).

Se habla por ahí de los «grandes costarricenses» y de que es necedad o ruindad discutirles su grandeza. Todo para condenar la gente nueva que en esta hora de prueba para la nación se enfrenta a esos «grandes». Porque si hay algo que los «grandes» no toleran es que puedan levantarse en el país conciencias que no sigan sumisas y reverentes tras sus huellas. La gente nueva se inspira en Gracián cuando dice: «Tenga, pues, juicio propio y tendrá voto en su censura.» Y el juicio propio no lo quieren los «grandes». ¿Para qué, entonces, han señoreado ellos, sino es para imponer sobre todos los asuntos su omnisciente autoridad? Los «grandes» quieren manadas sobre las cuales pasen sus ojos complacidos.

Pero la gente nueva que va apareciendo en Costa Rica aspira a hacer sentir al país que es urgente acabar con la omnisciencia de los «grandes». A esto lo llaman necedad o ruindad. Son términos muy al unísono con el estado mental de los «grandes». ¿Por qué piden reconocimiento de méritos en el examen que se va haciendo de sus vidas de hombres públicos?

Es que la ira los muerde y la censura ajena es la forma más desgraciada de irreverencia. Sin embargo, no pueden los «grandes» contener con sus denuos la expansión libre y consciente de la gente nueva. Ellos han defraudado a las generaciones que se han puesto confiadas a recibir el influjo que han anunciado siempre que el país les ha pedido respaldo. Y esas generaciones defraudadas los llaman a juicio, no precisamente para encarnizarse en su vejez, sino para impedir que usen la irresponsabilidad que da la senectud en causar nuevos males al país. Bien estarían los «grandes» escribiendo sus memorias, alejados de toda ingerencia en los asuntos nacionales. No llegaría hasta ellos ni la ruindad ni la necedad de la gente nueva.

Pero si todavía no sienten que la jubilación los cubre desde hace décadas y con terquedad imperdonable quieren renovar glorias y seguir imponiendo su juicio, que reciban sobre el rostro el ale-

tazo de la gente nueva. Sólo por ella se salvará nuestra nacionalidad. Lo estamos palpando en los negocios que el país afronta. El capital de afuera no ha encontrado servidores en las conciencias estimuladas por ideologías de la época. Ha tenido que contratar precisamente en el cenáculo de los «grandes». De entre ellos ha escogido los que puedan revolver el arma que ese capital les entrega, con maña, con engaño, con olvido total de que están hiriendo a muerte las libertades del país.

Y la gente nueva, que vigila, que tiene juicio propio, habla severamente sin el ánimo de arrogarse la voz única, aspirando, sí, a romper el sopor que los «grandes» han esparcido dentro del alma común. Esos «grandes» han comprendido, desde que a su alrededor empezó a formarse la superstición de la grandeza, que un país que vive por otros y se guía por entendimiento ajeno, para seguir en la cita de Gracián, es un país postrado a sus pies. De ahí que hayan batallado por desterrar las ideas nuevas. Saben que mientras ellos puedan dar el chisporroteo de las propias, la superstición continuará inmarcesible. El entendimiento de ellos es el que en todo momento debe buscarse, acatarse, pregonarse con la conmoción de un advenimiento. Desgraciados los que intenten tener voto en su censura.

Mas la gente nueva no piensa así. Los «grandes» están bien en la hornacina en donde los ha llevado la superstición fomentada por ellos. No se les saque de allí para dar la batalla del monopolio de las fuerzas eléctricas, de la explotación inicua de la Bananera. Los «grandes» darán esas batallas sirviendo los apetitos del capital esclavizador. Se valdrán de la superstición que los rodea para sumir en la iniquidad más espantosa al país. Han sido hombres de posturas para conseguir gloriola y cuando han sentido que ya la senilidad les robaba arrestos y que las generaciones nuevas del país han despertado, se ladean hacia el poder de afuera que les dó autoridad.

Pero esa autoridad no les vendrá con

el poder a que se han entregado. Ya no es fácil para los «grandes» el triunfo. En la batalla del monopolio de la electricidad los sigue sin cesar en su tarea ruin la gente nueva que aspira a que el país no perezca. No importa que los «grandes» acosados por ese seguimiento viril, nos arrojen el cachivache de la necedad o de la ruindad. Lo que vale para el futuro es que el *trust* de la electricidad no pase el campo de libertad que deben recibir limpio las generaciones que vienen. Y para que ese menester de libertad florezca condenamos con resolución la conducta de los «grandes» movidos por el honorario del *trust*. No recibimos otra inspiración que la de un anhelo cierto por dar a nuestro país lo mejor de nuestras vidas. No andamos tras la gloriola. La combatimos, sí, para libertar de mentiras al país. Sin una poda fecunda la misma maraña de hace años seguirá ahogándonos, impidiendo que aparezcan las ideas nuevas. Y si lo que los «grandes» llaman necedad y ruindad no trata de despertar la conciencia del país, sacarla del sopor en que ellos la tienen sumida, pocas esperanzas nos quedan de conservar nuestra nacionalidad. Las asechanzas son innúmeras. Contra ellas no luchan los «grandes». Al contrario, las sirven y les señalan todos los caminos que llevan al escalamiento dominador. Esperan que esas asechanzas llamen a sus puertas, cerradas para otras luchas en favor del país, y las abren de par en par y hacen recuento de cuanto saben y pueden llegar a saber para ofrecerlo a la voz que ordena mal y paga bien.

Por estos «grandes» no lloverá sobre el país fuego del cielo, pero la ruindad y la necedad de la gente nueva sí cae y caerá siempre sobre los «grandes» más quemante que la llama. Descienden de su olimpo para hacer caso a los que usurpan el nacionalismo y ya en esa actitud revelan que están conturbados, que sienten moverse el pedestal sobre que han venido pontificando. ¡Qué martirio para los «grandes» transitar por el mismo suelo duro y enlodado que la vida vulgar dió a otras gentes! Los miramos gesticular y cuando la superstición nos vocea que debemos ver al instante actitudes de hombres superiores, de dioses casi, nuestra inconformidad, nuestra necedad o ruindad que dirían los apologistas, sólo adivina soberbia. ¿Qué hay en estos «grandes» que nos conturbe? El mundo tiene sucesos que transforman la vida de los hombres y ninguno de esos sucesos ha transformado la de estos «grandes». El país ha tenido esos sucesos, los tiene actualmente y los «grandes» están del lado opuesto, precisamente allí donde calienta una conformidad de que nunca han disfrutado los hombres superiores.

Contrastamos la actitud de nuestros «grandes» con la vida de un hombre nada más, con la vida de Mahatma Gandhi. En la Universidad de Oxford recibió su credo de sumisión al Imperio y cuando el gran centro de cultura juzgó que había dado un colono más, un descastado que sirviera de puntal al tremendo aparato de conquista, aparece el hombre supe-

rior que piensa en los grandes problemas de su nación intervenida. Gandhi sí tiene conquistado el puesto de «grande» y no hablarán de él las generaciones nuevas de la India sin un respeto fecundo. Él será inspirador de grandes hechos. El pensamiento de aquel pueblo encontrará en Gandhi la visión de un espíritu superior. Oxford lo enseñó a hablar el inglés a perfección, pero la nueva lengua no es intérprete del poder que oprime, sino voz que habla a ese poder, por medio del Virrey, en un tono majestuoso:

«It was open to the Viceroy to do many other things except sending the usual reply. But the time is not yet. He represents a nation that does not easily give in, that does not easily repent. Entreaty never convinces it. It readily listens to physical force. It can witness with bated breath a boxing match for hours

without fatigue. It can go mad over a foot ball match in which there may be broken bones. It goes into ecstasies over blood curling accounts of war. It will listen also to mute, resistless suffering. It will not part with the millions it annually drains from India in reply to any argument, however convincing. The vice-regal reply does not surprise me.»

Gandhi es de los «grandes», pero no de los que la pasión y la ocasión inflan y desinflan. Habla ahora por su pueblo y usa todo el saber que el Imperio le dió con el ánimo de hacerlo uno de sus resueltos sostenedores en la India, para libertar a su pueblo de todos los vasallajes. Por acá hablan para imponer más vasallajes, para devengar honorarios de esos vasallajes. ¿Es posible que los escuchemos estúpidamente, como eunucos desgraciados?

Juan del Camino

Cartago y junio de 1930.

Descartes, el gran francés

=De Revista de Revistas. México, D. F.=

Cógitó, ergo sum.

1.—No tememos declarar que la gloria más grande de Francia no está en las letras, ni en las armas, ni en la política, ni en la religión, sino en el pensamiento puro. El francés más grande es Descartes.

2.—Francia representa en Europa, la civilización más armoniosa, dentro del concierto de las culturas nacionales italiana, inglesa, alemana, española, etcétera; como lo reconoció Guizot al decir: «En Francia, el hombre y la Sociedad marcharon siempre y prosperaron, no diré igualmente, pero sí a poca distancia uno de otra. Al lado de los grandes acontecimientos, de las revoluciones, de las mejoras públicas, se perciben siempre en nuestra historia, las ideas generales y las doctrinas correspondientes. Nada ha acaecido en el mundo real, que la inteligencia no percibiera instantáneamente, y de donde no sacara para su propio beneficio, una nueva riqueza; nada en el dominio de la inteligencia, que no haya tenido, en el mundo real, casi con la misma celeridad, repercusión, y trascendencia... Este doble carácter de actividad intelectual y habilidad práctica, de meditación y aplicación, se halla impreso en todos los grandes acontecimientos de la historia de Francia, en todas las grandes clases de la sociedad francesa, y les comunica una fisonomía peculiar que no se encuentra en ninguna otra parte».

3.—En efecto, la cultura británica, rival de la francesa, durante todos los siglos de la Edad moderna; la italiana, fulgurante y magnífica en el Renacimiento; la germánica, suprema de idealismo metafísico y reivindicación religiosa; la española, individual como ninguna, no realizaron, como dice Guizot, esa continuidad de las ideas y la vida, esa igualdad de la práctica con el pensamiento, que constituye la más elevada armonía de una cultura nacional. No obstante. Inglaterra tiene en los fastos de sus letras un nombre solo, que vale como el que más valga en la historia de la evolución

literaria de la humanidad, el de Shakespeare. En balde se buscaría en el desarrollo poético de Francia, una figura para igualarla con la del inglés incomparable...

4.—Y, a pesar de ser Francia, acaso, el pueblo más literario de Europa, ningún poeta francés ha escalado las alturas sublimes en que posó su planta Dante; como tampoco se hallaría entre los Corneille, Racine, Molière y Víctor Hugo, al rival feliz de Goethe, el Júpiter alemán. España misma puede pronunciar con supremo orgullo el nombre de Cervantes, ante el cual la humanidad se ha inclinado, definitivamente, como ante el de Homero. ¡Paradoja semeja el hecho real de que la nación más literaria del mundo, no haya engendrado un poeta de los que abren para las gentes nuevos y misteriosos raudales de belleza...!

5.—En las armas, Francia no sólo iguala, sino que supera a toda Europa. Los nombres más grandes de la historia occidental, después de Roma, son los de Carlo Magno y Napoleón, aún cuando Taine observa que Bonaparte, el corso, fue un condotiero rezagado del Renacimiento italiano.

6.—La política francesa ha sido también genial y suprema, desde los días de Felipe el Hermoso, Luis XI y Richelieu. Maquiavelo habría podido calcar su retrato del *Príncipe* sobre los actos de estos tres soberanos adoradores del éxito.

7.—Pero sobre todas las glorias de Francia descuella, en nuestro sentir, Renato Descartes, el fundador de la filosofía moderna. Su acción, su pensamiento, sigue influyendo sobre las acciones y los pensamientos de los hombres, a través de la Ciencia que colaboró a fundar, y la Crítica que desarrolló en su *Discurso del Método*, uno de esos pequeños libros inmortales que la humanidad no se ha cansado de leer, que leerá siempre, porque lleva impreso el sello de la armonía y la proporción, características de la cultura francesa.

8.—Decía Hegel a Cousin que ya había hecho lo bastante Francia por la filosofía, al darle la sola ilustración cartesiana. ¡Magnífico elogio, por venir de quien viene y dirigirse a quien se dirige! Y el gran fisiologista inglés Huxley, escribe. «Descartes, este gran filósofo, no menos gran matemático y fisiólogo, cuya explicación de los fenómenos de la vida, como fenómenos mecánicos, desempeña hoy un papel tan importante, como el descubrimiento de Harvey, en la ciencia fisiológica».

9.—Nunca había sido vencido el escepticismo. El pensamiento griego, terminó afirmando sus tópicos. La filosofía moderna iniciase con el argumento cartesiano «Dudo; si dudo pienso; si pienso soy». Por tanto, la duda misma afirma algo por encima de toda dubitación. Descartes halló la afirmación del alma humana como fundamento irreducible de toda ciencia, y definió, en sus lineamientos inalterables, el espiritualismo, como sistema filosófico. Además, la lengua en que escribió su *Discurso* es la más pura, la más noble lengua francesa. Fundó, puede decirse, al crear el pensamiento moderno, la prosa clásica de Francia. Esta lengua maravillosa de claridad y precisión, que constituye el útil más eficaz del alma. Además, el prosador y el filósofo, era un matemático profundo. La aplicación del análisis a la geometría, es decir, la construcción de la geometría analítica, es obra suya. Además, dió el método, como dice Huxley, de la investigación científica en las ciencias naturales, estudiando la vida, no en los libros, sino en el vasto laboratorio de la naturaleza. Además, por fin, fue un hombre libre, un espíritu audaz e inquieto, que nunca se plegó a la rutina de su siglo. Reunid todos estos admirables atributos en una sola persona y tendréis al hombre más grande que ha dado Francia en los siglos de su historia.

10.—Insondable ha sido su influencia en los tiempos venideros. Dentro y fuera de su país natal, suscitó una serie de pensadores, independientes como él, que se llamaron Pascal, Spinoza, Malebranche, etcétera. Y cuando otro gran rectificador de la inteligencia, acertó a aparecer en el siglo XVIII, su *Crítica de la Razón Pura* volvió a repetir la posición cartesiana, ahondándola, modificándola, fortaleciéndola. En la evolución de las ideas existen, en nuestra opinión, tres fundadores serenos y abnegados: Sócrates, Descartes y Kant. Son los tres momentos del desarrollo de una idea inmortal, a saber, que la verdadera certidumbre, el asiento positivo de la ciencia humana, no puede venir de fuera a la conciencia; sino que se tiene que extraer de las profundidades de nuestro ser moral. Ya lo dijo el oráculo delfico: «Conócete a ti mismo». Las palabras del oráculo de Apolo, engendraron en el curso de los siglos tres estrellas fijas de la mente: la griega, es decir. Sócrates; la francesa, esto es, Descartes y la alemana, bajo cuya luz inmediata vivimos: Kant de Koenigsberg.

Antonio Caso

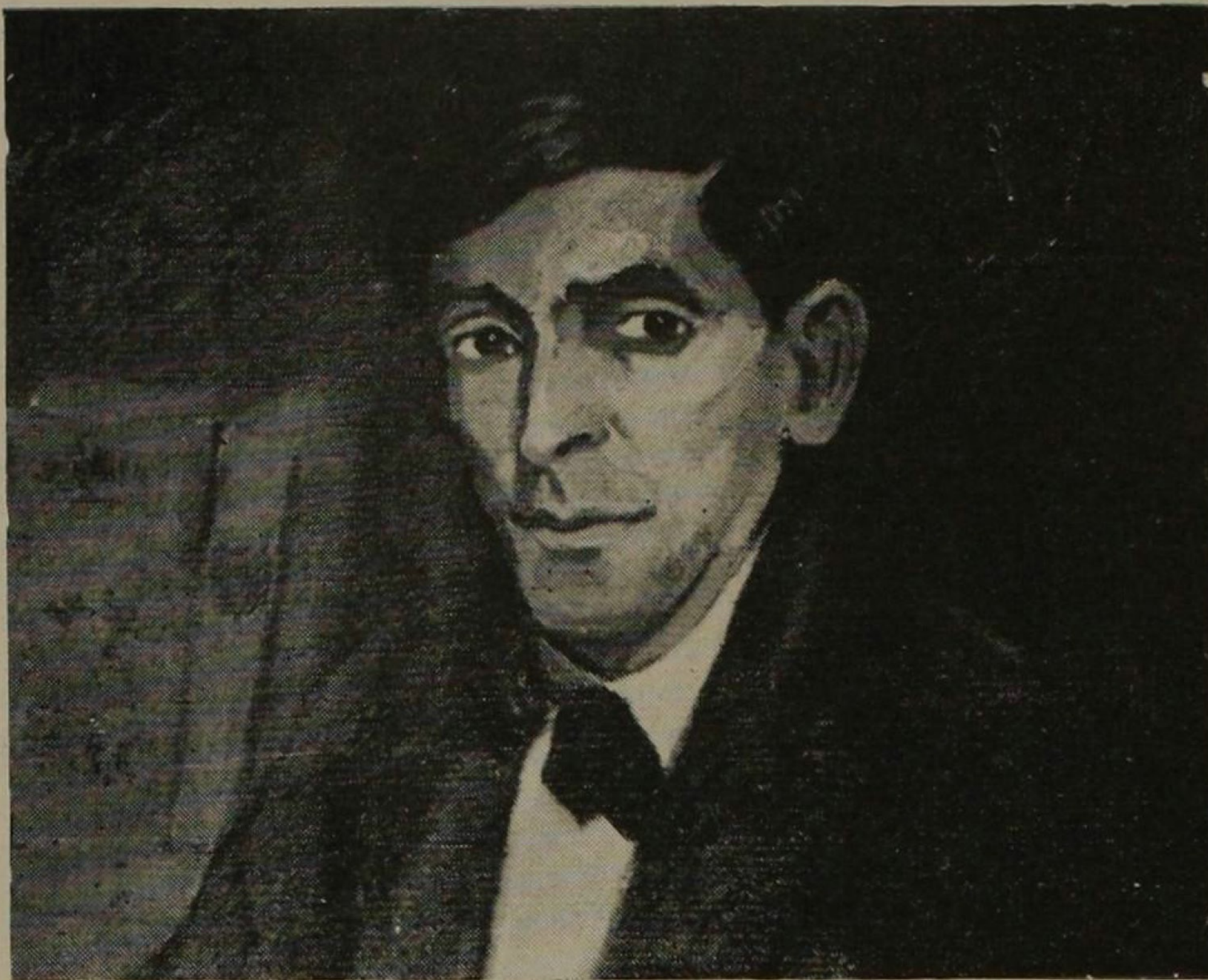
In memoriam.

Estimé mucho en José Carlos Mariátegui la libertad del pensamiento, la nobleza del propósito, la valentía del entusiasmo y la claridad de la expresión. El Perú, a no dudarlo, ha perdido en él un buen escritor, que al acabar de formarse, habría sido un escritor excelente. Faltábale, en efecto, condensar su abundancia; madurar aún en sí mismo la sustancia nacional que es para el espíritu lo que para el árbol el jugo de la tierra; libertad al artista genuino que había en él, del sociólogo extranjero que precisamente por falta de raíz desmoronábase en paradoja. Había abrazado, en efecto, la excesiva quimera de aplicar el socialismo: es decir un invento alemán, a la redención del pueblo peruano; y extremista por impaciencia como todo temperamento generoso, fué desde ahí a la apología del comunismo bolchevique cuyo experimento fatal han debido rematar en México a tiros. Creyéndose, así, avanzado, y lo era sin duda por el sentimiento y la voluntad, incurría como tantos, inclusive yo también hasta la víspera, en el mismo error de los ideólogos liberales que nos trajeron el constitucionalismo francés y anglosajón, fracasado por desarraigo natural en estas tierras. Mas, era ya visible que su talento sustraía al artificio ideológico, llevándolo ahora último a la justa apreciación de falacias de igual jaez como el nacionalismo continental y el americanismo indolatino-hispánico, que es una consigna rusa contra los Estados Unidos, o en el mejor de los casos, una desdichada adopción de la envidia europea ante el éxito del coloso. Por ahí es también lamentable su desaparición, ya que, no obstante las apariencias, salga siempre tan difícil hallar un escritor de pensamiento propio.

Ahora bien, esta cualidad que en él descubrí desde que un artículo suyo me cayó a la mano, y de lance para mejor, motivó una simpatía compartida, por decirlo así, *tamen digressio et discessio*, según nos lo acuerda con superioridad la aristocrática virtud de la tolerancia. De éste, pues, que fué el mejor entre todos los izquierdistas, tuve afecto y consideración que me bastan y me obligan al homenaje ante la estela truncada de su sepulcro. Pues se ha ido, en efecto, antes de la sazón, bien que ya florido y doloroso como todos

Del homenaje argentino a Mariátegui

= Tomado de *La Vida Literaria*. Buenos Aires. =



Mariátegui

Oleo de Julia Codesido.

... Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios: Nací el 95. A los 14 años, entré de alcanza-rejones a un periódico. Hasta 1919 trabajé en el diarismo, primero en *La Prensa*, luego en *El Tiempo*, finalmente en *La Razón*, diario que fundé con César Falcón, Humberto del Aguilar y otros muchachos. En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla, como diarista, y durante algún tiempo redactor político y parlamentario, conocí por dentro los partidos y vi en zapatillas a los estadistas—me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficcionado de decadentismos y bizantinismos finiseculares, en pleno apogeo. De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí mas de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las estaciones de mi orientamiento socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes y la Universidad Popular, artículos, etc., expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924 estuve, como ya le he contado, a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Habría seguramente ya curado del todo, con una existencia reposada. Pero ni mi pobreza, ni mi inquietud intelectual me la consienten. Desde hace seis meses, mejoro poco a poco. No he publicado más libro que el que usted conoce. Tengo listos dos y en proyecto otros. He ahí mi vida en pocas palabras. No creo que valga la pena hacerla notoria: pero no puedo rehusarle los datos que Ud. me pide. Me olvidaba: soy un autodidacta. Me matriculé una vez en Letras en Lima, pero con el solo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extra-universitario y, tal vez, si hasta anti-universitario. En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia; pero, la mala voluntad del Rector y, seguramente, mi estado de salud, frustraron esta iniciativa.

De una carta al Director de *La Vida Literaria*. (Enero 10 de 1928.)

...Tengo una salud inestable. Salvé hace tres años de la muerte a costa de una amputación y hasta ahora sufro las consecuencias de esa crisis que me dejó mutilado y enfermo.

(Pasa a la página 347)

los señalados por la divina fatalidad de la Belleza. Soñando su aurora roja al dormirse en la eternidad, éste que por su amor al pueblo y a la justicia revolucionaria, pudo ser tal vez un Couthon sin guillotina. Queriendo la dicha de los débiles y de los tristes este fulminado del destino, sobre cuya lápida podría exhibirse al modo de un antiguo epitafio, el elogio de la glicina trunchada: *Floreció de su dolor*.

Leopoldo Lugones

Elogio hecho elegía.

—Ha muerto cuando comenzaba a ser indispensable. Empresa severa y honrosa será la del que pueda biografiar su espíritu. Sabemos que él, tan deleznable de cuerpo, había amamantado su pensamiento en una leche fortísima; sabemos que era de los muy señalados entre los hispanoparlantes con el derecho y el deber de rescatarnos de la insolvente chachara de cenáculos, parlamentos, universidades y cafés; sabemos que esa mirada de poderosa atención que él volcaba sobre el mundo, panorámica y minuciosa a la vez, solía abrirse también hacia dentro; sabemos de su destreza innumerable y profunda en el peligroso buceo de las ideas, y de su sensibilidad opulenta como un verano: de todo eso, que sin duda basta para sobornar al olvido, sabemos; pero, yo sólo quiero rememorar aquí al hombre, al prometido a muerte de la verdad y la libertad que era ese hombre.

Cosa desoída, casi fabulosa, esa, en España y América. Allá, durante siete años, la mozada, que se había dejado enseñar—sin aprenderla—juventud por un viejo—y qué viejo!—siguió apacentándose con mansedumbre estabular, interrumpida apenas por alguna sonrisita epigramática, pero más por reverencias de sacristán bajo la bota del más embotado de los dictadores. Aquí, en la América de Guzmán Blanco, Veintemilla, Melgarejo, Díaz, Patiño, Leguía, Ibáñez, etc., sabemos lo que pasó y lo que pasa. Caciques de chistera, califas con estancias o minas, milicos de sociología infusa, doctores analfabetos y redentoristas, son los propietarios de la democracia, que tapan sus escamoteos de mancos con retórica más manca todavía. El sufragio universal los ha decretado plusquam perfectos.

Júzgueselo que importa que entonces aparezca un hombre libre.

En uno de sus ensayos, que para mí constituyen un altísimo placer intelectual, André Gide contesta a la pregunta «¿Cuáles son las diez mejores novelas francesas?», y ofrece la palma a *La Chartreuse de Parme*.

Esa predilección de Gide por Stendhal ya bastaría para que yo le reconociera buen gusto literario, aunque no hubiera leído nada más de él. Ciertamente, coloco la totalidad de la obra de Balzac por encima de la de Stendhal; pero aisladamente ninguna novela del primero puede medirse con la *Cartuja* o con *Le Rouge et le Noir*. (Dicho sea aparte, Gide es injusto para con Balzac, colocándolo debajo de Dostoievsky; yo comparto la admiración que siente por el autor de las *Ilusiones perdidas*, el conde de Keyserling, que lo compara a un Continente, al lado del cual la mayoría de los novelistas no son sino insectos.)

André Gide ofrece la palma a Stendhal, e indica así su filiación directa. Gide ha heredado la inteligencia cristalina de Stendhal, su egotismo (no egoísmo), su estilo clásicamente claro, el análisis seguro de las almas, y, como Stendhal Gide saca casi toda su obra del estudio penetrante de su *yo*. El estilo de Gide no es musical ni pintoresco, sino ante todo claro, como un dibujo bueno, o como un arma alzada bajo la luz del sol, para servirnos de una frase de Musso-
lini.

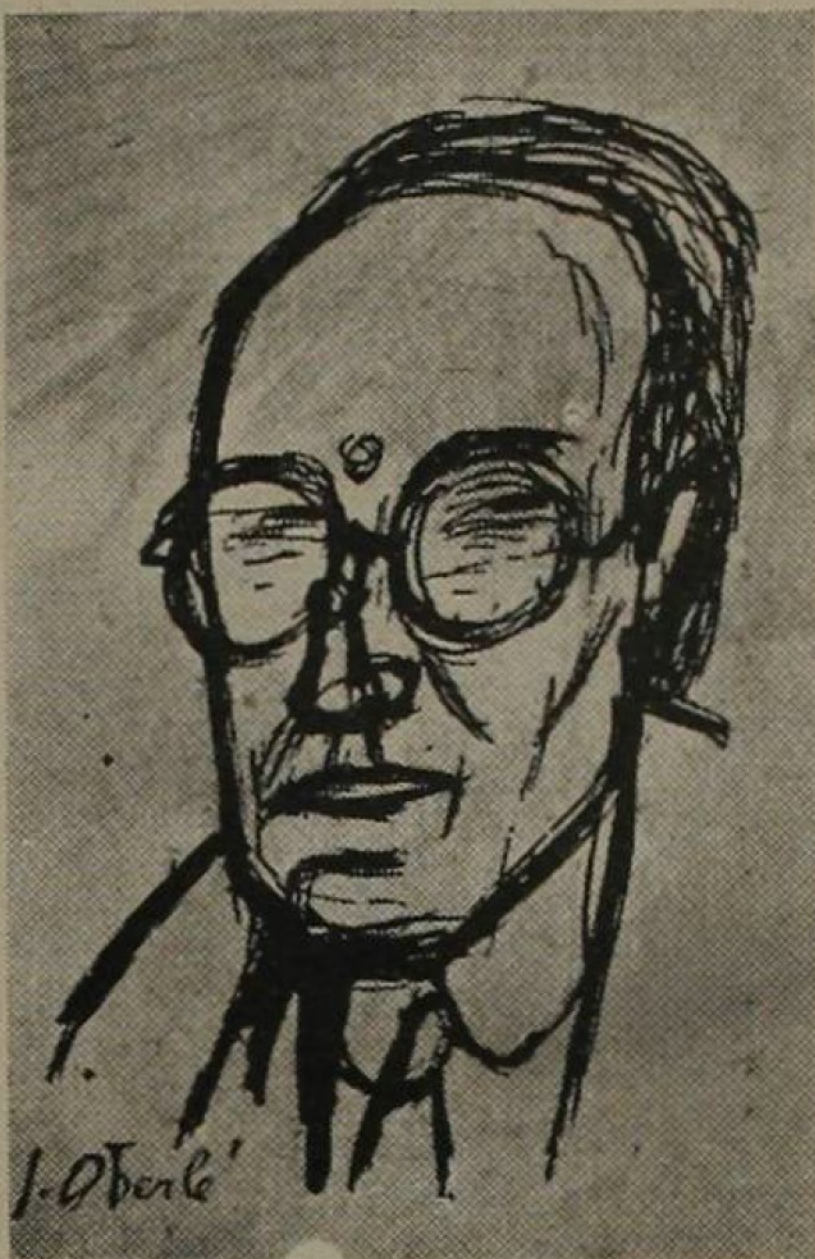
No hay en la prosa de Gide ni una sola palabra que no cubra con la mayor precisión lo que quiere expresar, y si no fuese por los asuntos, sus obras serían ya clásicas, en el sentido de servir de texto en las clases, y precisamente esa objetividad (*Sachlichkeit*)—que un ritmo interior defiende contra la sequedad—es lo que coloca a Gide en el ambiente general de nuestra época antilírica y neoclásica. (Véase a Strawinsky en la música y a Picasso en la pintura.)

Esa objetividad a lo Stendhal no significa realismo minucioso, sino que, al contrario, permite fantasía y hasta capricho. Gide cree que, como la fotografía libertó la pintura de la preocupación de ciertos detalles minuciosos,

El príncipe de los escritores franceses

André Gide. 1869-1929

= De ABC. Madrid. =



André Gide

así la película (y más aún la película sonora), ha de relevar la novela de la descripción exacta y del diálogo tomado taquigráficamente. Gide estima que la novela debe abandonar el realismo a la película y elevarse en las regiones más altas de la fantasía.

Tampoco es un realista Stendhal, a pesar de su estilo sencillísimo, desprovisto de *arte* y los detalles que a menudo constituyen el principal encanto de su obra. Pero tampoco entra en el grupo de los románticos, contemporáneos suyos. Es algo aparte: por su estilo continúa la tradición del siglo XVIII; su sensibilidad lo llevaría hacia el romanticismo; pero su inteligencia superior lo salva de lo efímero de una escuela literaria determinada. Aproximadamente, lo mismo puede decirse de André Gide uno de los poquísimos escritores de nuestra época que serán leídos (y mañana probablemente más que hoy) dentro de medio siglo. La solidez diamantina de su estilo, clásico en el sentido más noble de la palabra; lo penetrante de su psicología, su vastísima cultura, su intelligen-

Andres Revesz

cia radiante—elementos que componen su genio—hacen de Gide el escritor más

grande de la Francia de hoy, y preservarán su obra del olvido y de quedar *démodé*.

En el ensayo que mencionamos al principio de este artículo, Gide reprocha a *Manón Lescaut* que sólo apela a los sentimientos, más no al intelecto. Nadie podría hacer tal reproche al propio Gide, y eso es una de las garantías de que su obra durará. Más fácilmente volvemos a leer *Adolphe* que *René*; *Dominique* que *Le Calvaire*.

Repetimos que sería equivocado ver en André Gide un realista, un pintor objetivo e impersonal del mundo externo. Su principal fuerza consiste, por el contrario, en el análisis infatigable de su *yo*; la forma de diario es la forma original de toda su obra, y se repite sin cesar en confesiones, cartas, autobiografías, relatos de viajes. En este sentido es uno de los escritores más subjetivos; pero difiere de éstos por su ausencia de lirismos y la objetividad severa frente a sí mismo. El predominio de la inteligencia y la preocupación constante de la claridad del estilo son rasgos característicos de los escritores típicamente franceses. Francés auténtico, francés por los cuatro costados, es también André Gide; pero un francés que ha sabido romper las barreras que limitan generalmente la comprensión de sus compatriotas ante las literaturas extranjeras. Goethe, Nietzsche, Ibsen y Dostoievsky han ejercido honda influencia, sobre la formación de su mentalidad, su concepto estético y el ético. Gide es entre los franceses de nuestros días aquél que más decididamente ha penetrado—sin abandonar la base nacional—en la atmósfera que será la de la futura Europa, no en el sentido político, como luchador en la arena, sino como profeta que despierta las almas, y es el conductor espiritual de una minoría selecta.

He aquí trazadas rápidamente, quizá sin ilación, algunas impresiones que me sugiere el recuerdo de la lectura de sus obras, cuando el príncipe de los escritores franceses entra en el séptimo decenio de su vida.

Ese fué Mariátegui en el Perú de Legía. José Carlos Mariátegui, hombre doloroso y puro, cuerpo agostado y corazón caudaloso, frente de diamante y voluntad de diamante, intelectual que dijere de los otros misteriosamente como el radium de los demás metales. ¡Qué fervor de justicia, de armonía y de luz! ¡Qué vocación de sacrificio! ¿Cómo podían dejarlo? Le quitaron la patria. Seis años, como un siglo, caminó por tierras forasteras con días de indigencia y noches de padecimiento, sin más sostén que el estudio y la esperanza.

Y volvió con su esperanza insumergible, con su testarudez macabea, con su temeridad sin mella, el arquero cuyas

flechas, como la del soldado que dejó tuerto al Macedonio, llevaban escrito su nombre.

Pero la muerte llega un día y le lleva una pierna. Y la indigencia se queda en su casa de ama de llaves. Y la policía del honorable rufián oficial (no hay crueldad que hiera peor que la del cobarde), se emperrea aún contra el inválido encallado en su sillón. Inútil. ¿Lo dejan solo? Inútil. La soledad es su coraza. No abdicará ese corazón tripulado de porvenir que remonta todos los corazones libres; no abdicará esa pluma más recta que todas las espadas, más fecunda que los arados. Y cae, al fin, como bueno.

José Carlos Mariátegui, alma estremecida como una bandera, vida de amor, de miseria y de esplendor, hombre de hierro y de lágrimas. ¿Hombre? A veces pareció menos eso que una oferta.

Luis Franco

Mariátegui, el hombre de la atalaya.—La vocación de escritor determina siempre un viaje filosófico o poético a través de la vida. Nadie tan peregrino como el escritor. Según las épocas literarias, la peregrinación se dirige a un santuario o a otro. Hay en las diversas épocas grandes Santiagos de Compostela adonde los peregrinos que digo se dirigen con sus ofrendas y

sus canciones. Señal inequívoca de arte que se niega a sí mismo es haber hablado alguna vez de torre de marfil. El aislamiento en el arte es la negación del arte. La torre de marfil es antes que nada la ergástula de un condenado a egoísmo perpetuo. Que el prisionero esté contento y aun orgulloso de su suerte, no mejora lo despreciable de su situación.

Pero si la torre de marfil es un vanidoso absurdo, la torre abierta, la atalaya, es el honorable puesto de muchos grandes escritores. Estos viajan desde lo alto con sus miradas. Escrutan día y noche los horizontes. Envían y reciben palomas mensajeras. Alientan con sus mensajes a los que marchan en las varias direcciones del ideal. Fuera de esto, son los que anuncian el día y los que velan en la noche. Son los primeros en saber que Troya ha caído.

A este linaje de escritores pertenecía José Carlos Mariátegui. Su atalaya se llamaba *Amauta*, y desde una altura en que muchas águilas del pensamiento le eran familiares, oteaba los inmensos horizontes del mundo y de la historia, para aviso de su pueblo: el gran pueblo peruano en que tuvo la gloria de nacer con un destino magnífico.

Sin estos vigías no sería muy fácil de realizar el viaje de los otros. Estos vigías viven haciendo señales. De hecho, dirigen las ajenas peregrinaciones mucho más de lo que ellos mismos creen. Y en el caso de Mariátegui, ¿cómo dudar ni un punto de su influencia, de su participación inmediata y decisiva en los itinerarios de América? Muchos, muchísimos caminantes subieron a su atalaya para rectificar las rutas.

Hay una sección en su revista *Amauta*, en su atalaya, que lleva por nombre *Panorama móvil*. Significativo nombre. Parecería que el mundo ha tomado por centro su atalaya y gira en torno suyo.

Estaba muy alto en su valerosa torre, José Carlos Mariátegui. Por consiguiente, había una disconformidad perpetua entre su reloj y el de los otros. Cuando sus pupilas recogían luz, los otros, los de abajo, no tenían ni las primeras noticias de la penumbra. Por eso lo persiguieron y lo procesaron los hombres de la tiniebla.

América ha perdido acaso el más valiente de sus centinelas. Juramentos de de coraje sobre su tumba.

Arturo Capdevila

Un pensador americano de ideas universales. — José Carlos Mariátegui no impresionaba como un hombre joven. Sus libros, sus artículos más fugaces, nos ponían en presencia de un talento maduro, que agregaba a la sabiduría sensible y comunicativa esa sensación de seguridad que sólo producen los espíritus que han vivido mucho. Y efectivamente Mariátegui había vivido mucho. La naturaleza le privó de la fuerza física, de la salud del cuerpo que necesitan las personas que vienen al mundo con el designio de luchar. Tenía derecho, por su miseria fisiológica, a sustraerse a las preocupaciones humanas, a la amarga misión del apóstol y del pro-

feta y de proporcionarse, para alimentar su temperamento de artista, las satisfacciones de que suelen ser ávidos los que presienten la brevedad de sus días. Mariátegui no quiso, sin embargo, resignarse al exquisito aturdimiento de los seres débiles y asumió su papel de individuo orientador con una valerosa constancia. Y digo que ha vivido mucho en sus cortos años porque, a pesar de la certidumbre dolorosa de la muerte, tuvo el coraje de servir a la esperanza de los demás, de olvidar lo que le acechaba y le rondaba, para entregarse con desinterés magnífico, a la visión que tenía de su país y a la visión de una humanidad un poco menos cruel y un poco menos lastimosa de la que le ha sugerido tantas veces reflexiones amargas y pronósticos benévolos.

Mariátegui era una personalidad europea. Su posición ante los problemas americanos y particularmente ante los problemas contemporáneos del Perú, recuerda a los argentinos que realizaron obra de precursores y que hallaron en la cultura europea y en la tarea de europeizar, el medio más positivo para desgauchizar la república. ¿Qué eran Mitre y Sarmiento con relación a los representantes de la política primitiva, de los restos naufragos del viejo rosismo, sino pensadores y estadistas impregnados de ideas extranjeras y almas hostiles a la sustancia, a la levadura en fermento de los grupos ancestrales, es decir, el tronco profundo de la nación? Si la estructura jurídica de un país se puede fundar sobre bases que emanen de hábitos esencialmente nativos o tradicionales — como la monarquía en Inglaterra, — su estructura social debe crearse con los elementos universales de la civilización. Mariátegui lo ha comprendido y trató de acumular en su acción intelectual y en su acción de influencia directa las corrientes benéficas que vienen de más allá del mar, y que algún día probarán, con el desarrollo histórico, que nuestra América no es un suburbio de Europa, sino un reflujo y un perfeccionamiento de Europa. Y esa labor la ha llevado a cabo Mariátegui con una confianza en la inteligencia. Tenía fe en la virtud de la palabra, en la eficacia del buen gesto, en la fecundidad

del buen ejemplo. Sin jactancia, sin posturas, se propuso ser un hombre libre y fué, para los hombres libres, un maestro, por la gran dignidad de su conducta y por la admirable expresión de su doctrina.

Alberto Gerchunoff

Mariátegui o el revolucionario. — El conocimiento que tengo acerca de la obra escrita de José Carlos Mariátegui no basta para fundamentar intento alguno de valoración. He leído, muy espaciadamente, artículos y ensayos suyos publicados en periódicos de nuestra América, pero me son desconocidos los dos o tres volúmenes en que se encuentra recopilada la parte esencial de su producción. Transgrediría, por tanto, lo que es en mí una constante regla de conducta intelectual, si formulase juicios sobre esa obra; de la que tampoco sería honesto que viniese a enterarme con premuras de última hora a objeto de hilvanar unos párrafos de homenaje póstumo.

Me es bien conocida, sin embargo, la posición ideológica adoptada por Mariátegui desde los comienzos de su actividad de publicista y mantenida luego en todo momento con firmeza y con valentía ejemplares. Sé perfectamente, por lo mismo, que había en él un alma de diamante, incorruptible, limpia, transparente. Sé que en una época en que tantos hombres arrastran por la vida inútilmente un organismo robusto y un espíritu mutilado, José Carlos Mariátegui ofrecía el caso contrario: el de una alma bellamente cabal en un cuerpo dolorosamente incompleto. No puede ocultarse, por consiguiente, lo que para el Perú y para toda nuestra América significa su muerte prematura.

Sé también que esa posición ideológica le atrajo persecuciones y vejámenes, sé que por sostenerla debió más de una vez afrontar sacrificios de los que ponen a prueba el temple del carácter de un hombre, y sé que no sólo se condujo como un varón verdadero, sino que acreditó la vocación de un mártir, al extremo de que su vida será siempre un ejemplo para los jóvenes de América.

Ahora bien: había ante todo en José Carlos Mariátegui — por lo menos a mi

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

parecer—un temperamento de político, y si alguna cosa hay que yo no entienda ni deseo entender nunca, esa cosa es la política. Naturalmente que al emplear las palabras «político» y «política» con referencia a José Carlos Mariátegui, las empleo en la más noble acepción asignable a dos vocablos que en nuestros países han llegado a hacerse tan inmundos.

Esta incapacidad mía en parte innata y en parte adquirida para interesarme por la política, sean cualesquiera sus formas y sus manifestaciones, no constituye un obstáculo para que envidie desde lo más profundo de mi alma a los hombres que tienen fe absoluta en algún dogma, sea el que fuere, a los que no dudan ni por un instante de que la adopción de sus ideas bastará para asegurar la felicidad de los hombres; esto no es un obstáculo para que los admire sinceramente. Ni siquiera he podido indignarme contra Lao-Tse, quien sostiene que la primera condición para asegurar la felicidad de un pueblo consiste en que los gobernantes sepan mantenerlo en una total y perfecta ignorancia. Considerada como un programa de gobierno, no hay duda de la idea de Lao-Tse es muy discutible; pero tampoco cabe duda de que positivamente constituye todo un programa. Por lo demás, los gobiernos de estos países han coincidido siempre con Lao-Tsé, aun sin haber leído *El libro del camino y de la virtud*.

José Carlos Mariátegui era en política un revolucionario, o en tal concepto se le tenía. A mí me parece bien que lo fuese, pues en política la única posición decente es la del opositor, y ningún opositor es tan opositor como el revolucionario. Los revolucionarios, por lo demás constituyen siempre un bello y reconfortante espectáculo humano. Es lamentable que los defensores del orden establecido se obstinen en desconocerlo, olvidando que si el orden no corriese ningún peligro no tendrían ellos mismos razón de ser ni siquiera existencia demostrable. Por mi parte le doy la razón a Bernard Shaw cuando dice que quien a los veinte años no es revolucionario constituye algo así como una aberración biológica.

Lo que no me parece discutible es que tanto José Carlos Mariátegui como José Ingenieros, como aquel gran espíritu que fué Rafael Barret, como todos cuantos durante este primer cuarto de siglo han puesto en el ambiente espiritual de la América española un poco o mucho de inquietud, como todos cuantos han combatido públicamente por la transformación de los sistemas institucionales—sociales, políticos y económicos—que rigen en estos países en el sentido de hacerlos menos inhumanos, han sido y son, a un siglo de distancia en el tiempo, los verdaderos continuadores de los revolucionarios de la heroica época inicial. Aquellos fogosos varones del mil ochocientos no habrán supuesto—quiero creerlo—que las instituciones por ellos concebidas y establecidas serían ya inmovibles por los siglos de los siglos, hasta la consumación de los tiempos, puesto que no lo fueron tampoco, pese

Aunque soy un escritor...

(Viene de la página 344)

Por fortuna, desde hace pocos meses voy mejorando. Mi trabajo es, sin embargo, superior todavía a mis fuerzas.

He recibido los libros que me envió Ud. Le agradezco el obsequio. Tengo en gran estima a sus autores, Horacio Quiroga y Sanín Cano. Sobre ambos, dirá algo Amauta, la revista que dirijo y que regularmente le enviamos.

Estoy políticamente en el polo opuesto al de Lugones. Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aún combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea. Además, si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina. Las acepto, en bloque, con todos sus horrores, sin reservas cobardes. En Lugones he admirado siempre al artista, al pensador que se expresa sin equivoco y sin oportunismo. Ideológicamente, estamos en campos adversos. Me aflige que él refuerce con su nombre y con su acción a los conservadores. Aunque siempre es una ventaja encontrarse con un adversario de su estatura.

De una carta al Director de *La Vida Literaria*. (Abril 30 de 1927.)

a su viejo arraigo, las que ellos derrocaron.

Abrigo la convicción, por consiguiente, de que los nombres de esos ilustres americanos—Rafael Barret fué un americano nacido en España, como tantos varones de la gesta heroica—serán pronunciados con respeto cuando ni siquiera haya memoria de los hombres conspicuos que en su tiempo representaron la legalidad o el orden establecido. La agitación incesante, la inquietud y la lucha serán acaso por siempre fatalidades biológicas de estos países que surgieron a la vida revolucionariamente. Acaso nunca dejen de recordar a esos niños concebidos y nacidos en tiempo

de guerra, de quienes se dice que difícilmente llegan en la edad adulta a ser personas equilibradas. Semejantes a ellos, estas naciones han venido al mundo con la tara o con la señal divina de la revolución.

Pero todo esto pertenece, francamente, a la zona de las teorías políticas, zona que me tengo vedada, y está por tanto al margen del arte, única actividad humana que me inspira real y verdadero interés. Desde mi particular punto de vista, estoy de acuerdo con Oscar Wilde: la única forma de gobierno que conviene al artista es la ausencia de todo gobierno. Yo no quería, por lo demás, aprovechar la ocasión para debatir ideas ajenas ni para poner las propias en el escaparate: quería tan sólo rendir un simple homenaje al hombre honrado que, a la misma edad que el Cristo, ha muerto el otro día en tierra del Perú.

Enrique Méndez Calzada

Homenaje.—El respeto a un hombre,—a su talento, en primer plano, y en otro superior a su nobleza y probidad morales—es un homenaje demasiado puro para no rendirlo sin reservas las raras ocasiones que la vida nos depara para ello. Tal la figura de José Carlos Mariátegui. No exalta aquel sentimiento la afinidad que hayamos podido tener con su ideología sujeta como tal a estériles ergotismos. Lo que es indiscutible es el temple, la solidez, la nobleza y la buena fe de una vida como la de este hombre que acaba de morir. Con mucho menos, un artista y pensador de su talla conquista la admiración intelectual de sus lectores. Pero no el respeto. Y el haber alcanzado este desiderátum constituye la gloria de Mariátegui.

Horacio Quiroga

Hay uno o dos ejemplares disponibles de estas obras de Mariátegui:

La escena contemporánea..... \$ 3.50
7 *Ensayos de interpretación de la realidad peruana*..... 6.00

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

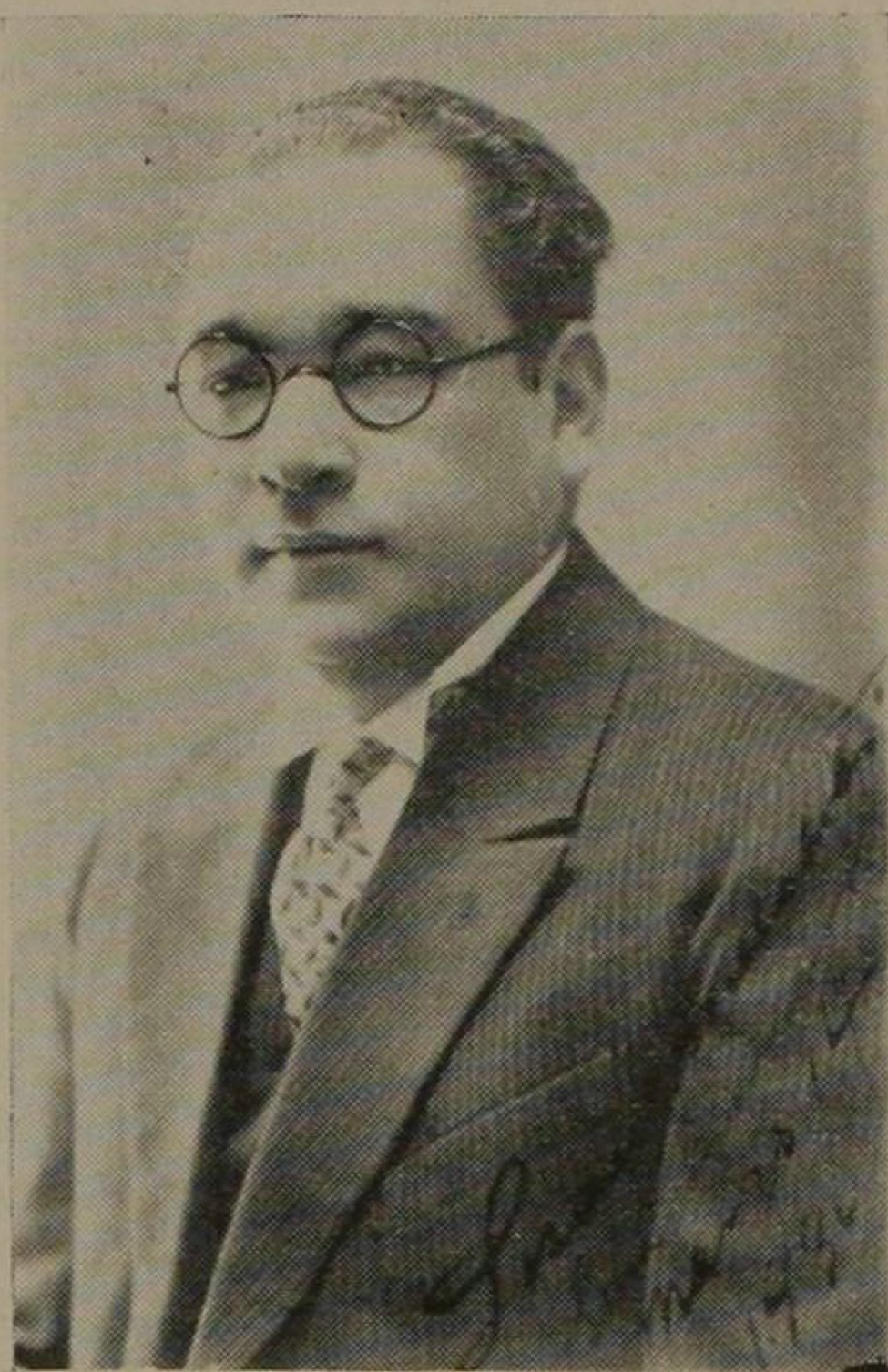
James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Meregildo

(Cuento regional)



Lisandro Villalobos

Amigo García Monge:

Me es gratisísimo presentar a usted y a los lectores de Repertorio Americano, al Dr. Lisandro Villalobos, actual Subsecretario de Hacienda de El Salvador. Es el tercer «Príncipe del Espíritu» que introduzco a las columnas prestigiosas de su semanario: hace tres años, Jorge Zalamea; ayer no más, Rodolfo Usigli. Villalobos hace honor a los anteriores. Además de ser un financista experto, cultiva con pasión la buena literatura, como puede usted observarlo en el cuento anterior, escrito durante su destierro en Guatemala, y que obtuvo el primer premio en unos juegos florales centroamericanos, habidos hace algunos años, en la ciudad de Quezaltenango. Conoci al Dr. Villalobos hace once años, cuando llegué a buscar refugio en esta generosa nación, expulsado de Honduras (1918), por el Ministro americano; por el grave delito de haber hablado contra el imperialismo yanqui, en un discurso pronunciado en el Teatro de Manuel Bonilla, de Tegucigalpa; con ocasión del centenario del nacimiento de Máximo Jérez. Ahora, es el gobierno revolucionario de México, el que me niega la entrada al país, en donde viví nueve años, sirviendo la causa agrarista. He llegado a convencerme, amigo García Monge, que el periodista honrado es un ente descentrado en estas repúblicas cálidas del trópico; que se dirían arregladas expresamente para regalo y beneficio exclusivo de pillos y burgueses. Le felicito por la década feliz y fructífera que acaba de ajustar el Repertorio. Su esfuerzo nos sirve de ejemplo y nos estimula a seguir en la brecha, en pro de estos pueblos, a quienes creemos que, a pesar de todo, en el horizonte empieza a clarear el alba esplendente de la libertad de Hispanoamérica! Lo que nuestro Continente le debe a usted, por su trascendente y desinteresada labor cultural, lo han dicho ya, con palabras encendidas de amor, muchos grandes de ambos hemisferios: yo —humilde soldado en esta lucha titánica de la verdadera emancipación de nuestros pueblos— me cuadro ante usted, y con voz temblorosa por la emoción, le repito: presente, mi general!

Mario Santa Cruz

San Salvador, 15 de Marzo de 1930.

Aquella tarde, Meregildo, sentía un extraño y absurdo desgano en todo el cuerpo; pero más extraña todavía, era la terquedad inusitada de sus ideas, que saltaban en su cerebro con la necedad de las moscas, que se obstinaban en posarse sobre su frente abatida por el rigor del *mecapal*; que mantenía inclinada su cabeza y fijos los ojos en la pedregosa vereda, que como un viejo resorte metálico, unía desde tiempos inmemoriales, la existencia patriarcal de su *cantón* con la vida uniforme y rutinaria del pueblo vecino.

Caminaba despacio, deteniéndose a menudo a la vera del estrecho sendero; y con un peregrino sentimiento de abandono, depositaba sobre una piedra cualquiera de la senda solitaria, la pequeña y liviana carga que transportaban sus espaldas juveniles; aunque ya encallecidas por aquel trabajo inveterado de bestia de *arriero*, que es como una marca social que patentiza la esclavitud y abyección de su raza.

No era precisamente su displicencia el resultado del cansancio de sus piernas de veinticinco años prietas, curtidas y deformes, por las andanzas de su vida ambulativa de comerciante en baratijas; que va y viene a través de toda la República; con audaces y repetidas incursiones a los Estados vecinos del Norte y del Sur; atravesando la *guardaraya*, por los enigmáticos vericuetos del contrabando, en la mera madrugada, en la hora en que las escoltas duermen el mejor sueño. Viajero humilde, discreto y tímido que conoce el encanto seductor de los caminos; y que sabe de todas las iniquidades y perfidias tropicales del sol, de la tormenta y del huracán!

Dos o tres veces, Meregildo estuvo a punto de hacerse daño en la frente, al quitarse con ímpetus de cólera el pedazo de cuero de *mecapal*, que en ocasiones (recordaba hoy) le había parecido más áspero, que la coyunda que se enrollaba en el testuz de aquella yunta de bueyes, que algunos domingos al detenerse a la entrada del pueblo para arreglar su carga, había visto parados enfrente de la casa del señor José—el Secretario municipal—uncidos al yugo y pegados a la carreta; flacos, petrificados y moviendo la cola, que pasaba de uno a otro de los ijares hundidos, con un isocronismo lento y moribundo. De las pupilas redondas, fijas y melancólicas de los cansados rumiantes, rodaban continuamente unos lagrimones turbios, que mojaban las piedras de la calle; y que ponían en el corazón de Meregildo una sombra de tristeza, que lo hacía levantar su fardo con precipitaciones de fugitivo y salir corriendo con incomprendidas esperanzas de olvido.

La brusquedad de sus manos no lograba espantar aquel enjambre de pensamientos, que se materializaban en la epidermis de su cráneo, en una enfermedad hiperestesia de sensaciones y de estremecimientos, que fingían diminutas carreras de insectos tercos y punzadores. Y entonces emprendía de nuevo aquella marcha pausada, intermitente y de ignoradas repugnancias; la cual habría de llevarlo, en breve, hasta su ya cercana vivienda, en un retorno de quince días de ausencia con su comercio trashumante

de ínfimos artículos comprados, a precios despreciables en las piraterías practicadas al margen de los aforos aduaneros; y ofrecidos después, de puerta en puerta, en las moradas de las poblaciones que anidan en las frías concavidades de los *Cuchumatanes*.

De pronto, con uno de los ángulos del ojo, alcanzó a distinguir una invasión de *Choconoyes*, que manchaban de carbón las hojas verdes de las *chilcas* y de los *raijanes*, que enfilaban a los lados de la ruta. Y otra vez, con involuntaria resolución, se paró de golpe para contemplar aquel cuadro, que siendo niño, estuvo a punto de romperle las canillas al caer desde lo alto del paredón deleznable; hasta donde quiso encaramarse para sacudir el arbusto infestado, en cuyas ramas los gusanos hacían acrobaticismos que le causaban una risa violenta y espasmódica.

Decididamente, no tenía ganas Meregildo de andar ni de llegar tan temprano a su *ranchito*, en donde la *mujer* ya estaría calentando los *tamales*, en la amorosa videncia de su posible regreso para aquella tarde.

Se empinaba la vereda, trepando de allí en adelante, con prudentes desviaciones por los flancos de la colina, en donde se dibujaba muy bien la raya sinuosa del riachuelo, que a trechos, se escondía completamente, en las penumbrosas barrancas, que todos los años el Invierno cavaba, más y más, con la tranquila y estoica constancia de un sepulturero, que en las horas de tregua de su fúnebre trabajo, fuera abriendo su propia tumba.

Matizaba el crepúsculo el agua de la poza a donde bajaba la mujer de Meregildo a lavar los *trapos*; y a quien reconocía él de lejos por la manera tan estrepitosa con que golpeaba la tela mojada sobre las piedras, que, en aquel momento, estaban solas, reseca y grises por la espuma de jabón, del cual, seguramente, estaban impregnadas hasta las más íntimas moléculas de aquellos peñascos, tal vez milenarios.

La tarde ofrecía una fiesta oriental de pirotécnicos colores; tanto que daban deseos de quedarse un rato contemplando el Poniente; en donde los reflejos eran tan fuertes y vivos, que imaginaban formidables llamaradas, cual si todos los *ranchos* del *cantón* estuvieran ardiendo allá arriba; incendiados por una mano tal malvada, que se entretuviera en dar tonalidades de *achiote* a las hojas tostadas de las *milpas*, dispuestas ya para la *tapioca*, que es la dádiva divina de la mazorca del Votánida inmortal.

Sentado sobre una de las protuberancias que alteraban la superficie estéril del suelo; y de cara al panorama magnífico de luminosas agonías de la tarde, *Meregildo Ixtacuy*, se entregó, sin más escrúpulos ni resistencias al embrujamiento irresistible de los recuerdos. Después de todo, la culpa era suya. Varias veces había experimentado aquel mismo maleficio, particularmente, al volver de sus viajes, en que se sentía satisfecho del producto de las ventas de su comercio errante; y cuando con pueriles pretextos se detenía bajo la sombra hú-

meda de los árboles, desde donde le gustaba buscar, allá en la lejanía, las letras del alfabeto, que se le antojaban escritas con las líneas misteriosas de los caminos. Menos mal, que entonces, la botella de *guaro* que llevaba siempre en su *tanate* de vagabundo mercader, le brindaba unos *tragos*, que Meregildo bebía con avidez, echando la cabeza para atrás, y abriendo los ojos hacia arriba, por donde emigran las nubes a otros cielos, al impulso supremo del Ritmo universal.

Esta vez, no quiso llenar en el pueblo la botella del *guaro*; porque pensó que tenía que pasar por la casa de *Ventura Xicará*; *aquel natural más pistudo que el Gobierno*; y a quien ahora un año, dejara empeñada la escritura de su *laborcita para no sacar al crédito la mercadería de las casas de los judíos*. Y es que se había fijado, que si llegaba con *trago*, se le enredaban en la cabeza las cuentas de abonos y de intereses, que entre escupidas y consejos, le iba haciendo el indio ricachón.

Nunca se hallaría en tales apuros, si *Tatita Dios no se hubiera llevado al hoyo* al otro Secretario municipal—un ladino *canche*, listo y meloso—en cuya casa había nacido el pobre Meregildo. Y para colmo de males, su *señora madre*, la sirvienta humilde, callada y sumisa del Secretario, fué aquella indígena, que dos meses después, dijeron los periódicos que había muerto de congestión alcohólica, al subir la cuesta y a un lado de la baranda de hierro que cierra la puerta del panteón. Por eso no le extrañaba, que se le juntaran siempre en la memoria—como lo estaban en la sangre—aquellos dos seres tan buenos ya difuntos, sobre todo, cuando experimentaba la morbosa inquietud de leer, con las pocas letras que él le había enseñado, el misterio de los caminos en la soledad meditativa de sus viajes.

Se apagaba la tarde... Algunos rezagados fulgores vespertinos teñían aún de rosa las nubes lejanas, que se tornaban de ajeno al apartarse de la línea del Poniente, muriendo tras el azul profundo de las montañas; el cual iba a desvanecerse en las transparencias metálicas de un pizarra mineral.

La luna rielaba ya sobre la campiña, que remedaba la superficie bruñida de una enorme lámina de plata. Un puñado de retazos extraviados de un *son*, resignado y melancólico, le llegaba de una marimba que lloraba en la distancia; y la elegía de sus notas, que pasaban alesteando por encima de los gajos grises, preñados de amor, de los trigales dormidos, se le metía en el alma como un alarido pavoroso que viniera de muy lejos, acaso del fondo de aquella tumba, en donde dormía la última *juma* su madre infeliz!

Un salto, violento y angustiado, cual si taimada alimaña le hubiera picado en alguna de sus plantas desnudas, destacó sobre la manta cinematográfica del paisaje, la figura de Meregildo, larga, trémula y perpendicular; y a quien los rancios atavismos de su espíritu, movieron los dedos de su mano derecha en el relieve supersticioso del signo de la cruz; y con el cual asustado y convulso se

tocaba en la frente, en la boca y en el pecho, mientras cesaba el canto estridente y macabro del *tecolote*, que como una divinidad implacable y trágica, se escondía en las ramas inmóviles del cerezo vecino! ¡Ah, cómo le palpitaba el corazón! Y es que también, se le clavó en la conciencia—como una espina de pescado en el galillo—el remordimiento de que por cumplir con aquel *salado prestamista, no pudo pasar a encenderle su candelita al Señor de Chiquilajá*. No cabía duda, de que por allí rondaba la muerte... Este presagio siniestro, lo hizo andar con la prisa nerviosa del viandante a quien sorprende la noche y la tempestad!

Y fué subitánea su parada ante la extrañeza infinita de su rancho, que oscuro y mudo, aparentaba en la vaguedad imprecisa de la hora silente y lunar, la sombría silueta de ciertas capillas abandonadas y ruinosas, que había visto en algunos camposantos.

Un murmullo tembloroso de gargantas criminales, salió en seguida por todas las rajaduras de la puerta; la cual se vino al suelo merced al empuje titánico de Meregildo, cuya furia concentró sus fuerzas de terremoto sobre aquel obstáculo, que sospechaba de infames complicidades.

Providencial la caída del *tanate*; porque de otro modo, no hubiera logrado impedir la fuga cobarde de aquel villano don Juan, *condenado* burlador de las tradiciones de su raza; y con quien se con-

fundió en el drama supremo y vengador de un abrazo homicida.

Jamás hubiera podido Meregildo, puntualizar los incidentes de aquella lucha. Vagamente se acuerda de que la *tranca* cayó muchas veces sobre sus carnes tirantes y ardorosas; arma que manejaban las manos traidoras de su mujer, quien defendía con desesperación al amante (aquel *Juan Calbak*, que estaba dando servicio militar en el pueblo; y con quien se encontraba siempre que salía de viaje, con la cabeza agachada y en la mano la bayoneta puntiaguda del rifle); que hubo un instante, en que la sangre, tibia y pegajosa, le corría por el puño con que apretaba el cuchillito de vaina de cuero, que solía llevar oculto en una de las bolsas laterales del pantalón; y que por fin, el cuerpo de su enemigo se fué aflojando en sus brazos, como un costal repleto de maíz que se rompe...

Tenía algo del golpe sordo y misterioso de la piedra que se precipita en el abismo, el ruido del cadáver de aquel hombre, que cayó a los pies de Meregildo, asustando a las gallinas, que comenzaron a *cacarear como en tiempo de peste*; y sobresaltando al *chuchó*, flaco y goloso, que parado en mitad del patio, con la cola metida entre las patas de atrás, principió a ahullar con el hocico abierto y levantado hacia aquella Luna, impasible y serena de las tragedias de amor; y hacia aquel cerezo vecino, en cuyas ramas inmóviles, el *tecolote* entonaba otra vez, su canto de muerte.

L i s a n d r o V i l l a l o b o s

El testamento de Sucre

=De Gaceta Municipal, Quito.=

El 30 de setiembre de 1828 Sucre entraba en Quito, de vuelta de Bolivia, trayendo, en premio de los inmensos servicios que había prestado a la hija menor de Bolívar, un brazo roto y un gran desengaño en el corazón magnánimo. Venía el héroe ansioso de reposar sus fatigas en el hogar recién formado, en el que, en ese día, había de encontrarse por la primera vez con la esposa a quien había unido sus destinos cinco meses antes, por poderes, el 20 de Abril, cuando apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas de haber sido herido en el motín de Chuquisaca.

Pronto hubo de sacrificar el Mariscal al bien público la tan anhelada vida privada: la injustificable agresión del Perú al territorio de Colombia puso de nuevo en las manos de Sucre la siempre vencedora espada «nunca manchada con el orín de la guerra civil», para que en Tarqui brillara una postrera vez el 27 de febrero de 1829.

Salvado el honor de Colombia en el Portete, volvió el Mariscal a Quito, en marzo. Los intereses de la Patria que él había ayudado a formar le arrancaron, de nuevo, del lado de los suyos, cuando ni siquiera un año había logrado de la tranquilidad y el encanto del hogar. En

efecto, llegado a Quito el 30 de setiembre de 1828, a fines de enero siguiente, partía para la «campana de treinta días» que terminó en Tarqui. Vuelto en marzo, a fines de noviembre de 1829 emprendía viaje a Bogotá, para asistir al Congreso Admirable. De este viaje no debía volver.

Historiador hay que asegura que Sucre tuvo aviso, días antes de su partida, por un anónimo arrojado por una ventana de su casa de Quito de que sería asesinado, aún en brazos de su mujer.

«El Mariscal, dice el historiador, no hizo de ello caso, mas, es lo positivo que se preparó al viaje, que forzosamente había de considerarse riesgoso, siquiera se considerara el estado de agitación en que se encontraba, por entonces, la República.

El 10 de noviembre de 1829 hizo el General su testamento cerrado y lo entregó al amigo de sus confianzas en Quito, el el General don Vicente Aguirre y Mendoza, el mismo a quien había dado sus poderes para casarse con la Marquesa de Solanda, y el confidente a quien, desde Bolivia, encargaba velar por una niñita, Simonita Sucre, que fuera fruto de ciertos devaneos del General en Guaya-

quil, cuando tan festejado fue, a su llegada en el puerto, en 1822.

Asesinado vilmente en Berruecos, para vergüenza de América, el Abel Americano, el 4 de julio de 1830, cuando venía ansioso de reunirse con su esposa y con su hijita Teresa, que para la fecha contaba apenas once meses no cumplidos de edad, y sabida en Quito la fatal y horrible noticia, el General Aguirre presentó ante la Autoridad Militar, el 18 de Junio, el pliego confiado a su cuidado.

Estaba el pliego cerrado con tres sellos de lacre y su cubierta llevaba la firma entera del Mariscal. Reconocidos intactos los sellos y la firma del pliego como propia del testador, ante el Comandante General del Departamento, General José María Sáenz, con las formalidades de ordenanza, por tres testigos, y a presencia del apoderado de la Marquesa de Solanda Comandante José Mariano Andrade, se procedió a la apertura. Dentro de la sobrecarta se encontraron las piezas siguientes: Una cuartilla de papel de marca mayor, con apuntes de algunas partidas de gastos, y, envuelto en este papel, el pliego de *Disposiciones testamentarias*; Un pliego cerrado y sellado, sobre cuya cubierta se leía el artículo siguiente: «En caso de muerte del General Sucre, abrirá este pliego el Coronel Pedro Alarcón, y si también hubiese muerto Alarcón, en este solo caso lo abrirá el Coronel Vicente Aguirre.—Sucre»; y, por fin, un pliego que contenía una obligación de 12.000 pesos, suscrita por don Lucas de la Cotera, comerciante boliviano, a favor del Mariscal.

Bien merece el testamento de Sucre, apenas conocido de los eruditos, ser debidamente anotado, ya que sugiere muchas e importantes reflexiones para la Historia, mas no es una publicación ocasional en donde, contando con limitado espacio, pueden hacerse aquellas que vienen a los puntos de la pluma. Reservándose para ocasión más propicia hacer un estudio detenido del documento que se publica hoy en homenaje al CIII aniversario de la Victoria de Pichincha, hago notorio mi agradecimiento a mi amigo el diligente investigador de las glorias americanas, don Enrique D. Tovar y R., que se ha dignado enviarme, desde el Perú, copia de las

Disposiciones testamentarias del Gral. Antonio José de Sucre

PRIMERA.—En mi mujer legítima Mariana Solanda tengo una sola hija, Teresa, que ha cumplido cuatro meses de edad, por lo que mi mujer no está embarazada (1).

SEGUNDA.—Si yo muero estando viva mi hija, es mi sola y única heredera. Si mi hija muere antes que yo, entonces mi mujer es mi heredera, con excepción del tercio y quinto de mis bienes.

TERCERA.—En el caso de que mi mujer sea mi heredera, el quinto de mis bienes lo tomará mi ayudante el Coronel Pedro José Alarcón y los distribuirá en los términos que le prevengo en una memoria separada que le dejo y que observará puntualmente. El tercio de mis bie-

nes se repartirán igualmente entre mis ocho hermanos legítimos José María, Gerónima, Margarita, Manuela, José Manuel, Juan Manuel, Magdalena y Rosario. La distribución por partes exactamente iguales la encargo a mi hermana Gerónima, que la cumplirá con fidelidad (1).

CUARTA.—Las muy pocas mandas que prevengo, las cumplirá Alarcón de mi quinto. De mis bienes se separará la espada que me regaló el Congreso de Colombia como premio por la Batalla de Ayacucho y que se entre-

Romance de Pativilca

(Envío de R. H. V.)

*Estaba el Libertador
Simón Bolívar, en medio
de grande desolación.
Muy dura convalecencia
de fiebre y de corazón
adelgaza sus perfiles
de águila y de león.
Año de mil ochocientos
veinticuatro, en el Perú.
Tierra de oro de los incas
le pidió a cambiar en luz
toda la sombra española
que crecía en el Perú.
Malos acontecimientos
las banderas colombianas
tienen en un rincón
y sin aire de batalla.
El enemigo tenía
mucha ropa y abundancia
de parque, y caballería
con gente tan adiestrada,
que si Napoleón volviese
a España, moría en España.
Las tropas libertadoras
además de ser escasas
rotas llegaron, pues ellas
desde la noble Caracas
vienen y Bogotá
las dos sobre la montaña.
Poco armamento tenía
la gente libertadora.
Tierras son desconocidas,
tierras del Perú sonoras.
Triste de mucha tristeza
tiene la cara Bolívar
en su cuartel general
del pueblo de Pativilca.
Supiera un su amigo fiel
sus malestares del alma,
y arma viaje para verlo
pues como pocos le amaba.
Señor don Joaquín Mosquera
de cierta villa, llegaba.
Apeóse de su mula
y al Libertador buscara.
Vieja silla de baqueta
en la pared reclinada
de una miserable casa;
sobre della el cuerpo triste
de Bolívar descansaba.
Abrazóle don Joaquín
con muy corteses palabras.
El héroe del Nuevo Mundo
apenas si contestaba.
Luego que el señor Mosquera
las penas enumerara,
le preguntó a don Simón:
«Y ahora, ¿qué va usted a hacer?»
«¡Triunfar!» El Libertador
respondió con loca fe.
Y fué sólido silencio
de admiración y de espanto
lo que siguió. Las montañas,
cedían en el ocaso.
Los grillos sobre la sombra
fijo hacían, fino y largo.
Meses después, el ejército
de España fué derrotado.*

Carlos Pellicer

México.

1.—Los hermanos de Sucre fueron 13. Hijos del primer matrimonio de su padre fueron 8, y entre ellos, el Mariscal. Del segundo matrimonio fueron seis hijos. De los nombrados en el testamento, únicos que eran vivos en esa fecha, don José María y doña Gerónima eran del primer matrimonio, y por lo tanto, hermanos enteros del testador.

gará al General Bolívar en señal de gratitud por los servicios que ha hecho a mi patria (1).

QUINTA.—Mi hija o mi mujer elegirán de entre mis bienes lo que ellas gusten para su herencia y, puesto que a la primera nada reservo, comprende este artículo a la segunda.

SEXTA.—Mis bienes consisten en mi casa, que antes fue del Marqués de Villarrocha (2) y que, con lo que dejo para su conclusión me cuesta 24.000 pesos, de los que 5.320 son a censo, y pertenecen por una capellanía lega a mi mujer, a cuyo nombre se compró la casa, estando yo en Bolivia.—18.400 pesos que me reconoce a censo la hacienda de Santiago, pertenecientes a los señores Zaldumbides (3).—6.000 pesos de unos negros de mi propiedad que están en Esmeraldas. 1.000 pesos que vale mi cantina de plata.—12.000 pesos en plata que tengo en poder de don Lucas de la Cotera residente en Bolivia y cuya obligación se halla entre mis papeles.—12 a 15 mil pesos que vale mi espada de brillantes que me regaló la Municipalidad de Lima (4) y medalla de brillantes que me regaló el Congreso de Bolivia (5).—6.000 pesos que me debe el Sr. Cristóbal de Armero por los arrendamientos de la Hacienda de la Huaca en los años 27 y 28, y de que, rebajados algunos pesos que dice él que tiene que cargarme, quedará a mi favor lo menos 5.300.—y 206 mil y pico de pesos en que está tazada mi hacienda de La Huaca, sita en el Valle de Chancay, del Departamento de Lima, siendo éste su valor en el año de 1825, y sin comprender las mejoras que haya tenido hasta ahora (6).

SÉPTIMA.—Mi herencia paterna y materna y unos 20.000 pesos que había prestado al Gobierno de Colombia por medio de mi apoderado en Guayaquil, no se cuentan en mis bienes, porque les he cedido desde años pasados a mis hermanos, que deben estar en posesión.

OCTAVA.—Mi cantina de plata y las prendas de oro y plata que hay en mi equipaje, las tomará mi ayudante Alarcón, y también tomará lo que guste de mi equipaje, repartiendo el resto entre mis criados. Mi buena papelera se la dejo a Carlos Aguirre, a quien se le entregará (7).

NOVENA.—No debo cantidad alguna a nadie. Tenía una cuenta pendiente con mi ayudante

1.—Este legado de Sucre fue fielmente cumplido por la viuda, y la espada entregada al Libertador.

2.—La casa está situada en la esquina SO de la intersección de las carreras Venezuela y Sucre. En Quito se la conoce vulgarmente con el nombre de *Casa Azul*.

3.—La hacienda nombrada está situada en la provincia de Imbabura.

4.—Esta espada fue regalada por don Antonio Flores al Perú, sin el rico puño de brillantes que la adornara. Hoy se guarda la hoja, preciosamente damasquinada, en el Museo Bolivariano, instalado en la quinta que Bolívar habitó en el pueblo de La Magdalena del Mar, cerca de Lima.

5.—Esta medalla, cuyo dibujo reproduje en mi Iconografía del Grau Mariscal de Ayacucho, lleva en el centro un medallón de oro en que se ve un guerrero romano atravesando con su espada el león español. El guerrero tiene puestos sus pies en dos montañas, en cuyas bases se lee: *Pichincha, Potosí*. Es la representación gráfica de la frase del libertador: «El porvenir representará a Sucre con un pie en Pichincha y el otro en Potosí». Conserven esta joya los herederos de doña Josefina Flores de Barriga, en Quito.

6.—Doña Mariana Carcelén, ya casada con el Gral. Isidoro Barriga, vendió esta valiosa propiedad. También quiso cobrar la cantidad que el Congreso de Bolivia decretara para Sucre como premio de sus servicios, y para ello dió poderes, en unión de su nuevo marido. La cobranza se hizo imposible, pues el Fisco boliviano negó el pago.

7.—Don Carlos Aguirre era hijo del General Vicente Aguirre. La preciosa cantina de plata del Mariscal la guarda hoy en Quito, don Alfonso Barba y Aguirre, bisnieto del General Aguirre.

1.—Teresita Sucre había nacido en Quito el 10 de Julio de 1829.

el Coronel Alarcón, y le he dado una libranza para que mi apoderado en Lima se la cobre de toda preferencia con los productos de La Huaca de este año o del que viene.

DÉCIMA.—Nombro por mis albaceas a los señores General Vicente Aguirre y Coronel Pedro Alarcón, mientras se haga la distribución de mis bienes. Si mi hija vive, será mi mujer la tutora mientras no se case. Si mi

mujer se casa será tutor de mi hija mi ayudante el Coronel Alarcón.

Los diez artículos que anteceden, escritos de mi puño y letra, son válidos como un testamento en forma, y si yo falleciere sin haber hecho otro con fecha posterior al presente.—Quito, a diez de noviembre de mil ochocientos veintinueve, décimo nono de la independencia.
—*Antonio José de Sucre*

C. de Gangotena y Jijón

De la Academia Nacional de Historia
Director de la Biblioteca Nacional

Carta de la Mariscal de Ayacucho

A. S. E. GENERAL BOLÍVAR, ETC., ETC., ETC.

Oprimida del dolor más cruel que puede sufrir un corazón sensible, ni anhelaba por consuelo alguno, porque me parecía injusto el tenerlo; pero las letras de usted, que manifiestan la aflicción con que ha recibido la infausta noticia de la muerte de mi amado esposo, han podido causar en mí un lenitivo no esperado. Las bondades de usted, que supieron elevarlo al grado de gloria a que es susceptible un hombre, se reservaron también para consolarme en su pérdida.

El llanto de usted y mis tiernos sentimientos se acompañarán siempre al triste recuerdo de su falta. Usted perdió un amigo leal que conocía sus méritos, y yo un compañero, cuya triste memoria amargaré los días de mi vida.

Entre las disposiciones testamentarias del amigo de usted, se encuentra una que recuerda los sentimientos que le animaban con relación a la persona de usted. Ella ordena se entregue a usted la espada que a él regaló en premio de la batalla de Ayacucho el Congreso de Colombia.

Dígnese usted aceptarla como una prueba de su gratitud a los beneficios que le debía. Para cumplir con ella, no espero sino el medio seguro a fin de que esta prenda llegue a manos de usted. Ella debe serle grata, porque ella es el testimonio más auténtico del aprecio en que tuvo los merecimientos de usted, por los importantísimos servicios que ha prestado a su patria querida.

Yo quisiera hacer sentir a usted el grado de reconocimiento que me queda por las consideraciones que le merezco, y más que todo, por las tiernas y finas memorias que se sirve hacer de mi amado esposo; pero me abstengo porque conozco el corazón bondadoso de usted y porque yo misma quiero privarme de hablar de un asunto que despedaza el mío. Me limito, por lo tanto, a ofrecer a usted mis sinceras consideraciones de gratitud y respeto, con que soy de usted su atenta servidor.

Mariana Carcelén

(De la obra *Vida de Don J. A. de Sucre*, por Laureano Villanueva. Librería Ollendorff. París.)

El tesoro de la energía eléctrica

*El que tenga patria que la honre;
y el que no, ¡que la conquiste!*

Martí

Las fuerzas hidráulicas son un producto del suelo, las fuerzas hidráulicas generan la energía eléctrica, de donde resulta que la energía eléctrica es un producto del suelo si aquel es su origen.

La energía eléctrica ha venido a serlo todo o casi todo al presente en la vida de los pueblos. El foco incandescente, la máquina de lavar, la plancha de la lavandera, las máquinas del industrial, el laboratorio del hombre de ciencia, la electroterapia, las ruedas del rotativo, el calor que sazona los alimentos, en todo esto y en diversas proporciones, pero en proporciones siempre crecientes, la energía eléctrica se manifiesta como factor de primera fuerza. De consiguiente, este producto del suelo debe estar siempre al alcance de cuantos hacen vida en un país; y difundirlo y abaratarlo parece que debiera ser tarea de los directores de los destinos de la comunidad, ya que la economía y la higiene ponderan los beneficios de la energía eléctrica en sus aplicaciones industriales y como alimento del fuego del hogar. Encarecerlo sería hacer obra negativa en la vida de la comunidad. No se hace cargo noblemente de sus responsabilidades el Gobierno; no se hacen cargo noblemente de sus responsabilidades los hombres de Gobierno, que no

pongan medios en el sentido de mantener esa fuerza vital que es energía y calor al servicio de los asociados para uso de la vida cotidiana.

Y precisamente el consumo y la popularización que la energía eléctrica ha venido alcanzando en los últimos tiempos, y la suerte de negocio fabuloso que su acaparamiento significa, ha despertado la codicia y el afán de monopolio del magnate usurero cuyo capital ocioso por escasez de víctimas propiciatorias, bosteza su holgazanería en Wall Street, la moderna Babilonia en donde se cotizan los destinos de los países que se venden por ignorancia o por miseria.

Precisamente también la evidencia de la posibilidad del monopolio ejercido por esa clase de usureros despertó en la conciencia nacional la necesidad de poner diques al enemigo y de ahí la creación del Servicio Nacional de Electricidad en Costa Rica, o sea la nacionalización de la energía eléctrica, no como un afán de nacionalismo mal entendido, más bien como medida de salud pública. De lo contrario el *trust* se nos habría metido de lleno en el país, se habría erigido en poder y del terruño libre legado por nuestros mayores como herencia, pronto desaparecería la vida tranquila y de derecho sobre la cual ha podido consolidarse

nuestra pequeña democracia. Esta democracia incipiente y llena de defectos, es cierto, pero a la vez asilo seguro de la libertad, negativa a toda tiranía, de dentro y de fuera de sus fronteras.

Es claro que un monopolio siempre resulta odioso. El monopolio establecido en favor del Estado con la nacionalización de la energía eléctrica no lo es menos. Pero su razón de ser lo justifica; se ha establecido como una medida extrema opuesta a los amagos de la dominación extranjera. Es el recurso de un país libre que se defiende de las cadenas preparadas por el déspota advenedizo. Es la regularización de un servicio público que se abastece de un producto de nuestro suelo, tan importante como el agua, como la leña, como las vías de comunicación. Igual cosa se vería obligado a hacer el Estado si por torpeza o imprevisión de los administradores de la cosa pública, cualquier día un poder extraño asumiera el dominio absoluto sobre los tanques de captación de las cañerías, sobre las vías de comunicación o las salinas, es decir, sobre la vida de la colectividad. Mas no resulta del todo odioso este monopolio del Estado si se atiende a que mediante un proceso en perspectiva que entra en los cálculos del Servicio, en un futuro más o menos próximo, la comunidad está llamada a ser la propietaria de todo el mecanismo abastecedor de la energía eléctrica y este es el *desideratum* de la cuestión. Ni tampoco resulta del todo odioso el monopolio, si hace cuenta de que su creación ha sido el supremo recurso para mantener en este aspecto íntegro el suelo que otros hombres nos legaran, seguros de que en él viviríamos tranquilos porque sabríamos honrarlo y conservarlo libre; honrarlo y conservarlo libre consiste en gran parte, en no entregar sus tesoros nacionales a la gula de déspotas advenedizos fabricantes de grilletes de oro, sea cualquiera su origen. Y uno de los secretos que a nuestro modesto modo de ver las cosas ha de llenar de prestigio y ha de consolidar y de acreditar de un modo creciente, siempre creciente, a la Junta en cuyas manos ha sido puesta la administración de monopolio nacional de la energía eléctrica, ya lo dijimos anteriormente y sobre esto habrá que insistir todos los días, está en la calidad, oíase bien, la calidad de los miembros de la Junta. Allí sólo deben actuar hombres incorruptibles; falseada esa base, toda la construcción se derrumbaría. Es ésta una de las formas más importantes de conservar con honra el legado de libertad de nuestros mayores, la calidad de los funcionarios, su contextura moral, su noble noción de la responsabilidad. El talento, los pergaminos, las grandes cabezas: mercancías, mercancías; todo eso es cotizable; para todo eso existen mercados: está el mercado del oro, el de la vanidad, el de la soberbia, el del orgullo ruín. Sólo los grandes corazones resisten todas las pruebas. Indudablemente en éstos pensó Martí al encomendarles la guarda y la honra de la patria, si la tenían, o la conquista de una patria, de un suelo libre, de un hogar para la inteligencia, para el trabajo y [para las

grandes acciones, grandes por la inspiración, por el resorte que las determina, aún cuando sean oscuras y modestas.

Anteriormente nos permitimos enviar al señor García Monge para su publicación en el *Repertorio*, una valiente y razonada resolución de la Junta o Servicio Nacional de Electricidad, relacionada con servicios y tarifas, talón de Aquiles del *trust* amenazante. Permítanos ahora el generoso amigo que le enviemos además también para su publicación, otro importante documento de la misma Junta anterior al ya publicado; se trata de la comunicación suscrita en diciem-

bre del año anterior y mediante la cual quedan al descubierto las maquinaciones del *trust* en su empeño monopolizador.

Y si abusamos de la benevolencia del señor Director del *Repertorio Americano*, publicación de reconocida autoridad continental, ello se debe a la razón ya invocada por nosotros: los problemas de la naturaleza del de la nacionalización de la energía eléctrica en Costa Rica, no son problemas locales, interesan a todo el Continente. Y es que en nuestra América existe hoy: para unos, una patria que guardar con honra; para otros una patria por reconquistar.

R. C o t o

San José, mayo 1930.

Comunicación del Servicio Nacional de Electricidad a las Gerencias de las Empresas Eléctricas

Señores don Frank N. Steinhart y don J. H. Moseley, Presidente de The Costa Rica Electric Light and Traction Company Ltd.

Muy señores nuestros:

La Junta ha estudiado en sesión de hoy, sus dos notas del dos de los corrientes y lamenta muy de veras que las Compañías insistan en no dar los datos que se les piden y sin los cuales es imposible formalizar cualquier arreglo.

La Junta quiere dejar constancia, por medio de la presente, como considera la situación de las tres compañías, tal como le fue explicada a ustedes por los suscritos y el Director señor Pinto, en la entrevista del quince de noviembre último, en la oficina del Servicio Nacional de Electricidad.

Compañía Nacional Hidroeléctrica—Carece en absoluto de derecho para vender fuerza o luz en San José o en cualquier otro lugar, pues no ha cumplido las obligaciones del contrato respectivo. Las habilidosas combinaciones que el Centro Controlador de las tres compañías haya hecho o haga para explotar la fuerza de esa empresa en perjuicio de los accionistas nacionales y de los consumidores josefinos no puede en forma alguna aprobarlas y menos autorizarlas el Servicio Nacional de Electricidad. Esta Junta deja a salvo, pues, si no se llega a un arreglo, todos los derechos que la Municipalidad de San José, como representante de la comunidad capitalina, pueda tener contra las tres compañías por los abusos e irregularidades cometidos hasta ahora y los que en adelante se cometan con la venta de esa fuerza a los consumidores a precios no autorizados legalmente.

Compañía Nacional de Electricidad—La concesión de esta empresa para el suministro de luz en San José, termina el quince de Junio de 1930. Puede, pues, decirse que está al terminar y que el valor de esa concesión es casi nulo.

The Costa Rica Electric Light and Traction Company Ltd.—El contrato relativo al suministro de fuerza por medidor es ruinoso para esa Empresa. Dice así en uno de sus artículos: «Artículo 27.—La Compañía no podrá cobrar en ningún caso más alta tarifa, por servicio mensual, que la siguiente... Si el cliente prefiere el sistema de medidor, la tarifa máxima será como sigue: Casas de habitación. Primeros dos mil watts, cada lámpara, treinta y cinco céntimos cada mil; después de los primeros dos mil watts, veinte céntimos cada mil.—Casas de comercio. Primeros dos mil watts, cada lámpara, 50 céntimos cada mil; después de los dos mil watts, veinte céntimos cada mil».—Las tarifas anteriores son claras, y empresa que las tiene no puede presentar ganancia alguna si se la obliga a sujetarse a ellas, derecho que tienen hoy los consumidores de San José.

Consideraciones comunes a las tres compañías.—Las tres concesiones se dieron para beneficio de los consumidores de San José y para ello se fijaron tarifas máximas que los protegieran, así como se estipuló la obligación para cada una de ellas de establecer sus propios y separados sistemas de transmisión y distribución, única forma de poder suministrar

los servicios de acuerdo con las tarifas de los contratos. Tan luego como las empresas fueron contra sus propios contratos y el artículo 23 de la Constitución que prohíbe los monopolios, controlados por un solo Centro, se ha procedido contra lo estipulado en los contratos, consultando únicamente los intereses de la nueva entidad controladora y olvidando por completo los intereses de los consumidores. Es claro que ese proceder ni antes, ni ahora, ni en lo futuro, ha tenido, tiene ni tendrá, la aprobación del Servicio Nacional de Electricidad, el cual, al contrario, deja aquí, contra él, constancia de su más enérgica protesta.

Siendo esas las condiciones existentes, se presentó el señor Steinhart, quien se dice con autorización debida para arreglar estos asuntos. La Junta, que desea solucionarlos de la mejor manera posible para todas las partes interesadas, no tuvo inconveniente en entrar en corvesaciones con dicho señor Steinhart, acompañado éste del representante de las Compañías señor Moseley. Convenidas las bases generales y convenidas éstas por la Junta, el señor Steinhart ofreció presentar un plan de acuerdo con ellas. Creyendo cumplir con lo ofrecido, ustedes presentan, junto con su atenta del dos de los corrientes, un plan de arreglo. La desilusión de la Junta no ha podido ser mayor al examinarlo, pues apartándose de lo convenido, en el plan presentado se pretende, en resumen, consolidar en una sola tres compañías de valor comercial perfectamente discutible por las razones dichas y otras reservadas, en una sola empresa fuerte, que mata toda idea de nacionalización, con una capitalización exagerada que impide tarifas razonables y promete utilidades enormes al Centro Controlador de las tres empresas josefinas. En vano ha pedido la Junta el valor actual de las propiedades de las tres empresas, es decir, el valor original menos la depreciación. Las dos contestaciones recibidas se niegan a darlo. Sin embargo, tanto la Compañía Nacional de Electricidad como The Costa Rica Electric Light and Traction Company Ltd., hicieron esos estudios. De acuerdo con los artículos 3, 4 y 5 de la ley de Contribución Territorial de 18 de diciembre de 1916 y reformas hasta hoy, los representantes de estas dos compañías declararon el valor común de las propiedades de las mismas. Por valor común, según el artículo 40 de dicha ley, se entiende el precio en que se vendería al contado un inmueble sin tomar en cuenta el valor que para el dueño represente por afición o por interés personal, ni el valor especial que su posesión le dé al propietario por hallarse en él establecidos alguna industria o comercio. Ese valor común es precisamente el valor que la Junta pedía como base para la fijación de las tarifas y como para esas empresas fue dado ya, a lo manifestado al respecto por las mismas se atiene la Junta, pues al declararlo se hizo en acatamiento de las disposiciones legales citadas y cuando no había interés en inflar los precios para obtener utilidades mayores.

El treinta y uno de agosto de 1922, fecha en que estaba el cambio al 441 por ciento so-

bre el oro americano, el recordado Mr. Zink, como representante de The Costa Rica Electric Light and Traction Company Ltd., declaró a la oficina de la Tributación Directa, el valor común de cada una de las propiedades de la empresa en un millón setecientos cuarenta y cuatro mil, seiscientos ochenta y siete colones, ochenta y cinco céntimos. Y Mr. Zimmermann, como representante de la Compañía Nacional de Electricidad, declaró el dos de Noviembre de 1927, estando el cambio sobre el oro americano al 400 por ciento, el precio de cada una de las propiedades de la misma, dando un valor común para toda la empresa de tres millones ciento sesenta y ocho mil trescientos setenta y cinco colones. Suman, pues, los valores comunes o actuales dados a esas empresas por sus representantes a la Tributación Directa, cuatro millones novecientos trece mil sesenta y dos colones, ochenta y cinco céntimos, el cual difiere en ocho millones setecientos noventa y un mil ciento setenta y cinco colones, quince céntimos, de la estimación de trece millones setecientos cuatro mil doscientos treinta y ocho colones, dada a ambas en conjunto, en los resúmenes consolidados enviados a esa Junta por el señor Moseley con fecha catorce de noviembre y dos de diciembre de este año, y sobre la cual se pretende cobrar intereses, calcular el porcentaje de reserva para depreciación siendo fácil imaginar el gravamen que eso significa para los consumidores de San José.

El Servicio Nacional de Electricidad se estableció para proteger los intereses de los consumidores sin lesionar los legítimos derechos de las Compañías establecidas en el país y, sobre todo, para que cuanto antes sea un hecho la nacionalización de la energía eléctrica. Por espíritu de justicia está dispuesto a reconocer como base de todo arreglo el valor actual o común de las propiedades de las tres empresas, tal como es la regla en los Estados Unidos. La Junta no tiene que tomar en cuenta, como no lo toman en aquel país, los precios exagerados que por esas empresas haya pagado la Compañía que, contra los contratos, pretende su control, y menos la capitalización proveniente de concesiones seguras, tarifas productivas y largo plazo que el Servicio Nacional de Electricidad pudiera conceder en un arreglo. Si hizo mal negocio la Compañía que adquirió las tres empresas en malas condiciones de maquinarias, plazos, tarifas, los consumidores de San José no tienen por qué soportar las consecuencias de esas malas operaciones financieras.

Las bases que el Servicio Nacional aceptó para discutir y que fueron convenidas en la entrevista citada el quince de noviembre último son: un interés de ocho por ciento sobre el valor común o actual de las propiedades, pago de gastos fijos y de operación y separación de un dos por ciento de reserva para depreciación. Todo sobrante de utilidades y de la reserva para depreciación servirán, según disponga la Junta, para mejorar las propiedades existentes o para retirar seguridades de las empresas combinadas, de tal modo que en la misma proporción que la Junta retire seguridades adquiera derecho a las propiedades de esas empresas. Las tarifas se fijarán en cantidad suficiente que garanticen el pago de los intereses del capital (valor común o actual de las propiedades), los gastos y el tanto por ciento de reserva para depreciación. La Junta se reserva el derecho de examinar toda la contabilidad que será llevada en forma que garantice la efectividad del convenio. En resumen, la Junta desea tarifas razonables, y para conseguirlo debe determinar en el arreglo los medios por los cuales se obtenga exactitud para la base de las tarifas, certeza en las utilidades y en la eficiencia del servicio, estabilidad financiera de la empresa y posibilidad de nacionalizarla en un futuro cercano.

Si dentro de las bases anteriores las Compañías quieren entrar en arreglos, como parecían dispuestos en un principio, la Junta tendrá mucho gusto en continuar las conversaciones iniciadas. De lo contrario se verá en el caso de darlas por terminadas y procurar que los contratos y concesiones se cumplan de acuerdo con sus estipulaciones.

De ustedes muy atentos servidores,

Alfredo González,
Presidente

M. Koberg B.,
Secretario

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica